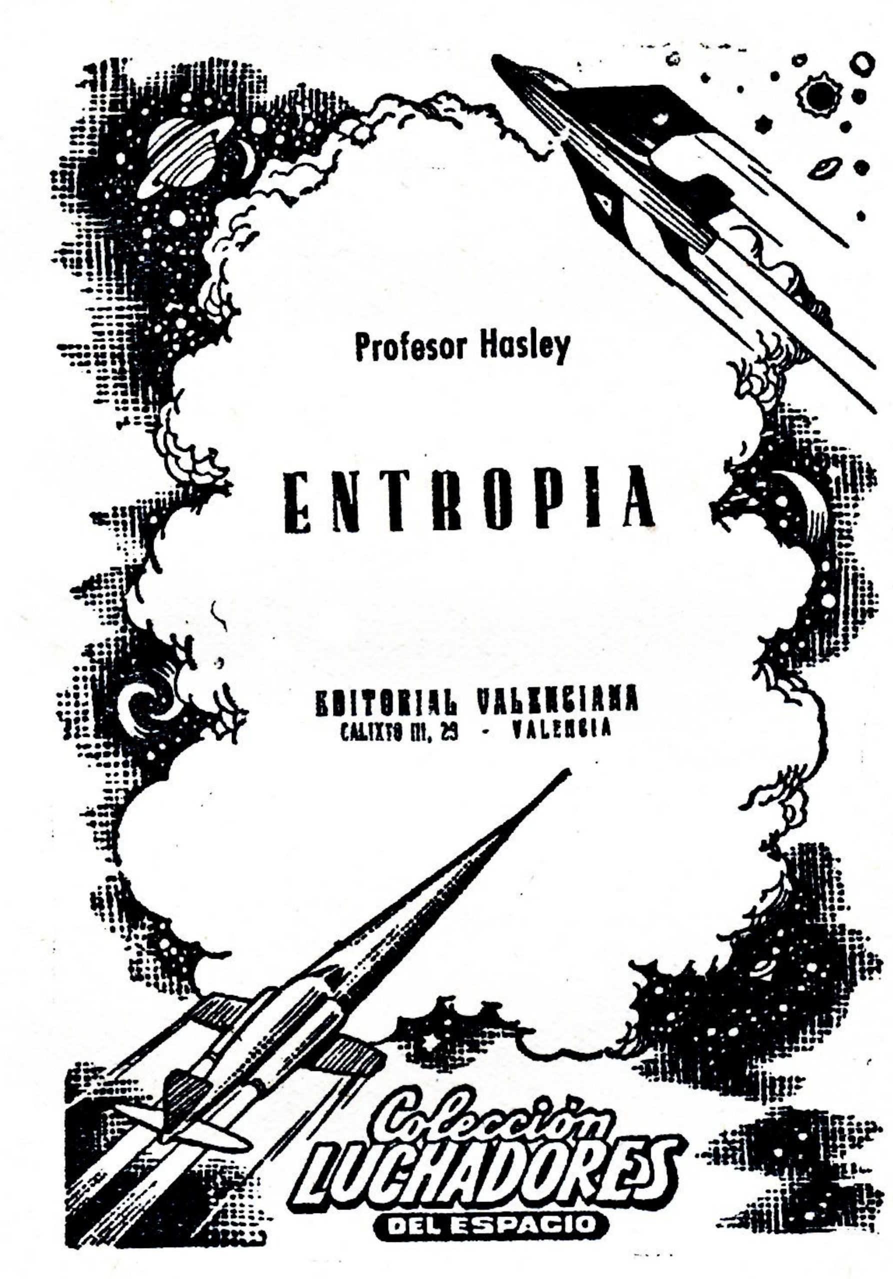
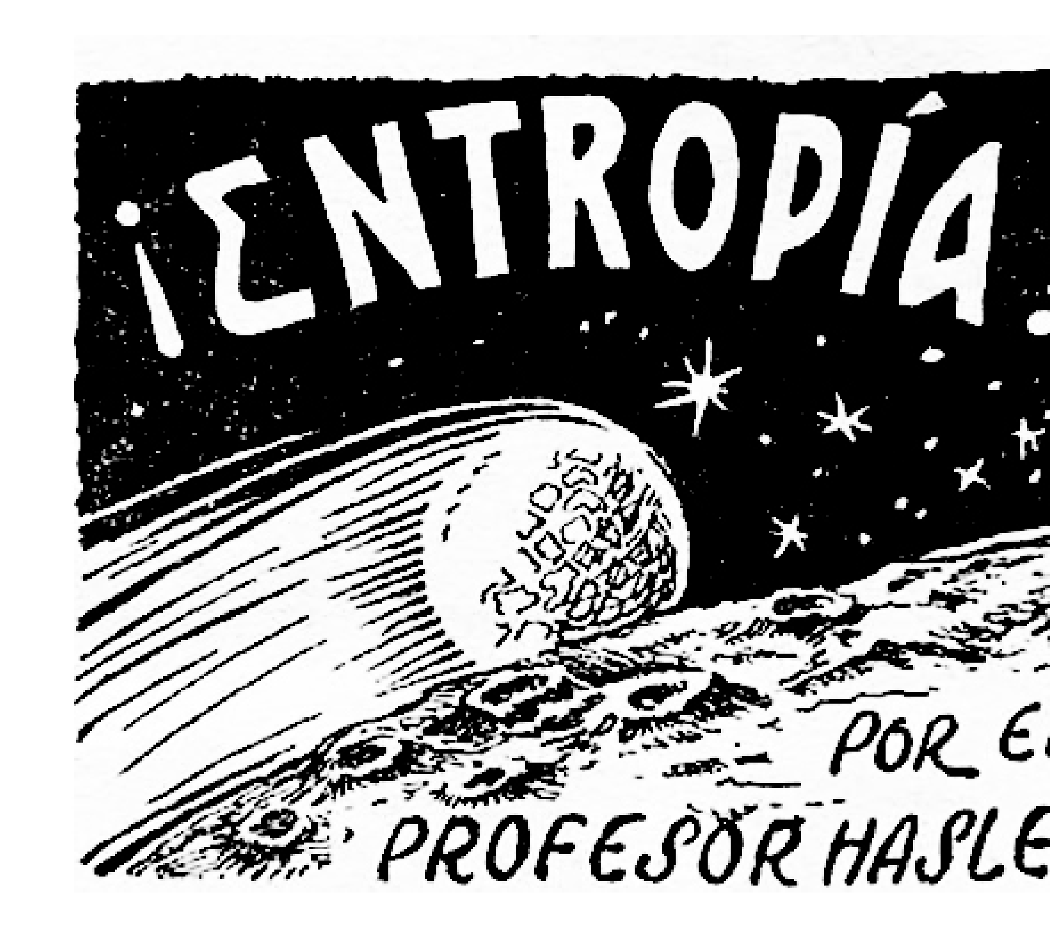

¡¡ENTROPÍA!!
por el
PROFESOR
HASLEY
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE
LUIS

ENTROPÍA


Profesor Hasley
ENTROPIA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 29 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPITULO I

JAMÁS el pueblo de Togur había atravesado tan difíciles circunstancias, como las que atravesaba en aquellos momentos.

La fracasada invasión de los hombres de Alfa había conducido a aquel milenario planeta a las postrimerías de su existencia. La Entropía había crecido desmesuradamente y la muerte total de aquel planeta se encontraba a pocas jomadas de camino. Pero era admirable como todos y cada uno de los hombres que constituían el pueblo de Togur había sabido aceptar la noticia con entereza y cada uno cumplía estrictamente con su deber, en un supremo esfuerzo para conseguir apartar de sí la muerte que se cernía sobre aquel pueblo.

Una reunión de los pro-hombres de Togur, después de la muerte de Acrón, había nombrado como Jefe provisional de aquel pueblo al sabio Lask. La Junta con sus asesores había tomado las medidas pertinentes para realizar la única operación posible y que tenía algunas probabilidades de resolver la situación, devolver la vida activa a la Madre Amak y a Actor.

Miles y miles de seres actuaban con precisión y sangre fría para hacer los preparativos que condujeran a la realización de aquel gran experimento. La situación no era la más propicia, pero el tiempo impedía que pudieran realizarse las cosas sin correr el tremendo riesgo que existía entonces. Los hombres de Alfa habían sido derrotados, mas aun así, muchos de ellos habían conseguido esparcirse por algunos sectores de la superficie del planeta y existía el temor de que, en su desesperación, intentaran obstaculizar aquella operación de la que dependía la vida de todos.

Los dos terrestres, al igual que los demás hombres de Togur, habían sido adscritos a servicios concretos, según las peculiares características de éstos.

En aquellos momentos, Harry volaba en su aparato, controlando la misión que le había sido encomendada, con las fuerzas aéreas bajo su mando, de perseguir a los hombres de Alfa que habían conseguido eludir la muerte o la prisión en el terrible combate que se había desarrollado unas semanas antes. En aquel preciso instante cruzaba por encima del cráter que conducía a las profundidades del pueblo de Alfa. Con ojos curiosos miró una vez más aquel gran círculo, por el que, no muchos días antes, había visto salir las alucinantes esferas que tantas muertes causaron en el ejército de Togur.

Roick, que lo acompañaba accidentalmente en aquel vuelo, miraba también con suma atención aquella parte de planeta, por la cual salieron tantas desdichas para su pueblo.

— ¿Puedes descender más, Harry?

—Cuanto quieras, Roick —respondió éste.

—Es que tengo interés en inspeccionar de cerca lo que hemos hecho.

Accionado suavemente por Harry, el magnífico aparato fue perdiendo altura, hasta situarse a unos cien metros sobre el nivel del suelo.

— ¿Está bien así, Roick?

—Sí. Es suficiente.

Luego, Harry hizo volar su aparato en una espiral que tenía como centro el mismo centro del cráter.

Roick observaba atentamente.

—Tengo una idea un poco imprecisa de lo que se está haciendo —dijo Harry.

—Yo te lo explicaré: desde el día siguiente en que los Ejércitos de Alfa sufrieron la tremenda derrota que conoces y en la cual tomaste tan activa parte, se decidió rodear el cráter de Alfa de un campo electro-magnético, al objeto de no ser sorprendidos nuevamente por los terribles ingenios de guerra que nos mostraron durante la corta lucha que pasamos hace unas semanas. Como sabes, yo he sido encargado de la protección y defensa de este sitio. Ha sido muy oportuna tu invitación a que subiera al aparato, porque esto me permite una visión de conjunto al objeto de ver si, tanto nuestras fuerzas están bien distribuidas, como si los trabajos se llevan a la velocidad necesaria.

— ¿Cuándo estará en funcionamiento ese campo-magnético?

—En realidad, lo está ya, Harry. Lo que sucede es que aún no tiene la intensidad que nosotros deseamos; pero, en un caso de apuro, podríamos hacerlo funcionar con un cuarenta por ciento de su potencial. Creo que esto nos salvaguardaría de otro intento de invasión.

—No estoy en las interioridades de este asunto, pero creo que es así. De todas formas, no creo que los hombres de Alfa sean capaces de hacer otra intentona, después de la terrible derrota que sufrieron.

—No sé, Harry. No sé.

—Por otra parte —continuó el aludido—, en circunstancias actuales no les conviene continuar luchando, pues la batalla que estamos intentando ganar interesa de igual modo a ellos.

—Así es, Harry. Pero son hombres que durante siglos y siglos han ido ensuciando su corazón con el rencor y el odio y no me extrañaría que intentaran sabotear nuestra operación, aun a costa de su propia vida.

Harry iba a replicar, pero recordó la fría, a la par que furiosa ferocidad con que procedieron los hombres de Alfa, en su breve lucha contra el pueblo de Togur y consideró que las palabras de Roick no se hallaban desprovistas de fundamento.

Durante algunos minutos el aparato de Harry siguió evolucionando sobre el cráter, mientras Roick tomaba nota mental o escrita de lo que veía, al objeto de poder dar las órdenes necesarias para que acelerasen la terminación de las obras de acondicionamiento del campo magnético. Una vez conseguido el objetivo que perseguía Roick, el aparato volvió a ganar altura.

—Voy a comunicar con el jefe del grupo que vigila la bio-cripta.

Dichas estas palabras, Harry puso en comunicación su aparato con el Jefe de grupo que volaba sobre la bio-cripta de la Madre Amak.

—A tus órdenes, terrestre —fue el saludo del Jefe del grupo.

— ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Todo marcha en orden, Harry. Vigilamos un sector de unos ochocientos kilómetros cuadrados. No hay nada que turbe la paz, al menos por ahora.

—Está bien. Es preciso que estemos constantemente en vigilancia. Aunque no se prevea ataque alguno, sin embargo, hemos de prevenirnos ante la posible actuación de algún saboteador.

—Comprendido, Harry. He dado orden a mis hombres de que tengan los ojos bien abiertos. Dos escuadrillas vuelan constantemente sobre la bio-cripta a una altura de ciento cincuenta metros, con un radio de dos kilómetros, y el resto de las fuerzas en patrullas más alejadas.

—Muy bien —dijo Harry—. Corto.

Apenas había cortado la comunicación con el Jefe del grupo, cuando una luz en el aparato receptor le indicó que alguien quería comunicar. Dio al conmutador y en la pequeña pantalla de televisión apareció el rostro simpático, pero preocupado, de Garmak.

— ¿Cómo van las cosas, Harry?

—Todo bien. Acabo de comunicar con el grupo que vigila la bio-cripta; también están sin novedad por allí.

—Está bien, Harry. Si no tienes nada urgente que hacer, ven a mi Cuartel General.

Harry se orientó y dirigió su aeronave hacia el pequeño aeródromo adscrito al Cuartel General de Garmak. En breves segundos llegó allí y, con pericia insuperable, hizo un aterrizaje que provocó la admiración de Roick.

Habiendo descendido del aparato, Garmak les salió al encuentro y les invitó a subir al pequeño vehículo terrestre, en el que se había trasladado desde las oficinas de su Cuartel General.

—Bueno —dijo Roick—, yo tengo que preocuparme de mis asuntos, ¿puedo disponer de un vehículo aquí para trasladarme al centro del cráter?

—Lo que tú quieras, Roick —contestó el jefe—; en un momento te acercaremos al garaje.

Hábilmente maniobrado por Garmak el pequeño vehículo se desvió hacia la izquierda y, poco después, se detenían a las puertas

del garaje donde estaban situados los transportes del Cuartel General. Roick se despidió de los dos y se encaminó hacia el encargado del garaje, con el fin de solicitar uno de aquellos vehículos.

Harry y Garmak continuaron el resto del camino sin cruzar apenas unas palabras.

—Amigo terrestre, ha llegado el momento de que realicemos la operación, en la cual fijamos todas nuestras esperanzas. Apenas hace media hora he recibido una comunicación de Lask, diciéndome que disponga todo lo necesario para realizar esta operación. He querido, pues, hablar contigo, para ver de concretar cuál va a ser tu misión.

—De acuerdo —contestó Harry—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Sustancialmente, no varía gran cosa la misión que se te ha encomendado. Los grupos aéreos que tú mandas seguirán ejerciendo una estrechísima vigilancia sobre la bio-cripta de la Madre Amak, pero considero importante el que establezcas tu cuartel general en la misma bio-cripta. Así podremos realizar cualquier cambio en la estrategia que hemos pensado con la mayor brevedad posible.

—Está bien. Me parece oportuna la medida.

—Por mi parte, ya he dado las órdenes oportunas para que se te habilite el local apropiado para el desempeño de tu misión.

— ¿Continuaré con estos grupos de vigilancia?

—Sí. Hemos decidido que así sea, pues no podemos distraer ninguno de los grupos que se dedican a la persecución de los hombres de Alfa que se han desparramado como una mala plaga por una parte de nuestro planeta.

—Creo que son suficientes —dijo Harry—, ¿Cuándo tengo que partir hacia la bio-cripta?

—Pues, por mi parte, puedes hacerlo ahora mismo. Creo que ya tendrás habilitado el local correspondiente.

—Entonces, ¿puedo retirarme?

—Sí, Harry, y espero que ejerzas una absoluta vigilancia sobre la labor de tus hombres; ya sabes cuánto depende de que podamos realizar esta operación sin dificultad alguna.

—Estoy de acuerdo —dijo Harry.

Unos segundos después era transportado de nuevo hacia su aparato, al cual subió y emprendió el vuelo en dirección a la bio-cripta de la Madre Amak. Por el camino comunicó a los puestos de control establecidos en la bio-cripta y dio las instrucciones precisas,

confirmándoles la disposición y habilitación del local que iba a ser su Cuartel General, así como el punto más apropiado para el aterrizaje.

Harry continuó el vuelo maniobrando casi inconscientemente su aparato, mientras sus pensamientos se abismaban en la operación que, según Garmak, iba a ponerse en práctica dentro de breve tiempo.

La voz de su ayudante le sacó de su ensimismamiento.

—Hemos llegado, jefe, ¿aterrizamos?

—Sí: tomemos tierra.

El aparato describió un par de círculos sobre la bio-cripta de la Madre Amak y luego, picando suavemente, fue a posarse en el suelo como un inmenso y majestuoso pájaro. Apenas saltó del aparato Harry, cuando una voz familiar y querida sonó a sus espaldas.

—Bien, muchacho, bien. Acabarás aprendiendo a volar; estoy seguro.

— ¡Chester!

— ¡Hola, pequeño diablo! ¿Cómo te encuentras?

—Aquí me tienes. Como ya sabrás, estoy encargado de la defensa de la bio-cripta.

—Sí. Hace ya algunos días que no nos vemos, ¿verdad?

—En eso estaba pensando, Chester.

—Malos tiempos estos. Puedo asegurarte que tengo verdaderas ganas de poder echar una larga parrafada contigo, Harry.

—Igual me sucede a mí. Aunque tú, quizá... quizá no me hayas echado tanto de menos —acabó con una sonrisa maliciosa.

—Es que a veces tengo ocasión de hablar con una persona grata.

Harry comprendió, pues en aquellos momentos se acercaba con menudo y gracioso paso Tamor.

— ¿Cómo estás, Harry?

—Magníficamente —respondió éste—, aunque quizá no tan optimista como el querido Chester.

Tamor los miró a los dos con una vaga sonrisa en los ojos.

—Sí. Me parece que Chester se encuentra muy optimista. No sé a qué atribuirlo.

Harry soltó una carcajada.

—Ya te lo explicaré yo, Tamor. Quizás lo comprendas enseguida.

—Bueno, bueno, Harry, no digamos tonterías —cortó Chester que empezaba a encontrarse en situación comprometida—. Te voy

a indicar el sitio que se ha habilitado para ti.

Los tres amigos fueron hablando amigablemente hacia el edificio pre-fabricado que había sido instalado cerca de la bio-cripta, para servir de asiento al Estado Mayor de Harry.

Cuando llegaron allí, Harry hizo una breve inspección y lo encontró todo a su gusto. La mayor parte de los hombres del Estado Mayor ocupaban ya sus sitios y, desde allí, podía comunicar con todos sus jefes de grupo a través de un moderno y potentísimo equipo de comunicación.

—Bien, Chester. Está todo maravillosamente.

—Pues si no quieres nada más, nosotros nos vamos a cumplir nuestros deberes.

—De acuerdo.

—Si quieres venir luego a cenar con nosotros —terció Tamor—, te veremos con mucho gusto, Harry.

—Gracias, Tamor. Si mis obligaciones me lo permiten me reuniré con vosotros a la hora de cenar.

—Está bien, viejo Harry. Entonces, hasta luego... ¡Ah! Se me olvidaba: aguza el oído y ten bien abiertos los ojos, no sea que tengas que lamentarlo.

— ¿Qué quieres decirme, Chester? No creo que suceda nada. Mis fuerzas están bien desplegadas y la protección de la bio-cripta es absoluta.

—Pero hemos tenido algunas pequeñas escaramuzas con algunos grupos de hombres de Alfa.

— ¿Qué me dices, Chester?

—Sí, deben ser fugitivos de la guerra. Son pequeños grupos de seis u ocho hombres que se aproximaban a la bio-cripta demasiado y cuyas intenciones no estaban muy claras.

Harry quedó pensativo ante esta noticia de Chester y prometió estar bien despierto para evitar cualquier sorpresa.

—Pues hasta luego —terminó Tamor.

—Hasta luego, muchachos.

Harry se puso al habla con sus ayudantes para dar las instrucciones a partir de aquel momento. Luego comunicó, por medio del tele-radar, con los jefes de grupo y pasó a su despacho, donde se sumió en las tareas cotidianas.

CAPITULO II

LOS días fueron pasando sin que nada perturbara la calma de la inmensa guardia establecida en torno a la bio-cripta de la Madre Amak; sin embargo, Harry se encontraba cada vez más taciturno y sus pensamientos discurrían por caminos poco halagüeños.

El día anterior había recibido la visita de Garmak, con el que había departido ampliamente. También Kalium había conferenciado con Harry en su Cuartel General y los dos altos jefes de Togur habían sido los que se habían trasladado al Cuartel General de Harry y no a la inversa, como era más natural, bajo el pretexto de que Harry no debía abandonar su puesto, pues las circunstancias porque atravesaba Togur no estaban todavía demasiado claras.

En efecto, tanto las fuerzas de Chester como alguno de los grupos aéreos allí destacados en la persecución de los sobrevivientes hombres de Alfa, habían trabado contacto y aun pequeñas luchas con ellos en distintos lugares. El mismo Garmak había comunicado a Harry que se le había designado para asistir a la operación que tenía por objetivo devolver a la vida activa a Actor y a la Madre Amak. El permanecería vigilante en su puesto de mando, como asimismo lo harían Kalium y los demás miembros de su Estado Mayor. Todo esto eran noticias que no agraciaban a Harry. Los hombres de Alfa estaban vencidos, pero la brevedad de la guerra y las armas que pusieron en juego habían impedido una derrota efectiva, es decir, hombre por hombre, del ejército de Alfa.

Indudablemente los hombres de Alfa no podían aspirar a conquistar la superficie del planeta, puesto que la mayor parte de sus fuerzas habían sido destruidas; pero muchos de ellos seguían viviendo en las entrañas de Togur y otros vagando a la desesperada por la superficie del planeta. Una acción de conjunto no era previsible, pero sí pequeños golpes de mano que podían poner en grave situación al pueblo de Togur, en aquellos momentos en que la energía de todos los hombres tenía que concentrarse para intentar encontrar una salida a su desesperada situación.

La voz de uno de sus ayudantes lo sustrajo de sus

pensamientos.

—Jefe, la operación va a comenzar.

Harry se levantó y se dirigió hacia el exterior riel edificio. En la misma puerta lo esperaban emisarios de Lask para llevarlo hasta el interior de la bio-cripta.

Había llegado el momento. Todas las esperanzas de sobrevivir puestas por aquel pueblo en la Madre Amak y Actor iban ahora a ponerse sobre el tapete a una sola jugada. Harry oteó alrededor suyo y vio cómo las fuerzas de Tamor y Chester se habían dispuesto en orden de combate alrededor de la bio-cripta, con una disciplina absoluta. Los grupos de aviones a su mando volaban bajísimos sobre el lugar de la experiencia. Después de unos segundos de contemplación se dirigió hacia la bio-cripta, precedido por los emisarios que se le habían enviado como guías.

En la entrada de la bio-cripta encontró a Lask, el cual lo saludó brevemente.

—Harry, vas a asistir a la jugada más decisiva que ha tenido Togur a lo largo de su historia. Hemos considerado que debías estar entre el grupo de hombres invitados a este experimento. Uno de mis ayudantes te dará las instrucciones necesarias

—Está bien. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Lask hizo una seña a uno de sus ayudantes y éste se acercó a Harry.

—Ven por aquí, terrestre.

Con paso rápido se dirigieron hacia una instalación provisional, donde un grupo de hombres se encargaban de suministrar unos extraños trajes a los pocos hombres que iban a estar presentes en el experimento que debía devolver a la vida activa a los dos fabulosos seres que estaban enterrados en la bio-cripta Harry vistió uno de aquellos trajes y vio cómo lo hacían, asimismo, otros hombres, entre los cuales encontró a algún conocido. Luego, ya todos vestidos, se encaminaron hacia la bio-cripta y, unos minutos después, desembocaban en ella. Inmediatamente Harry dirigió su vista hacia aquellos dos seres; pasó rápidamente por Actor y se detuvo luego en la Madre Amak. Allí estaba aquella fabulosa mujer, compendio de hermosura y serenidad, a la que quizá iba a ver respirar dentro de unos minutos.

Los pocos invitados al experimento fueron colocados en un lugar de la bio-cripta donde no pudieran molestar a los que iban a actuar. Luego se hizo el silencio y por la puerta de acceso desembocó el equipo de científicos que iba a realizar la operación. Todos ellos estaban bajo las órdenes de Komok, el gran especialista en biología

del pueblo de Togur. Este se dirigió con paso apresurado hasta donde se encontraba Lask para preguntarle:

— ¿Podemos comenzar?

—Sí —contestó serenamente Lask.

Komok se dirigió a dos de sus ayudantes:

—Descubrid el cuadro de mandos.

Estos se dirigieron hacia una de las paredes de la bio-cripta y, apretando un botón, comenzó a correrse un gran paño de la pared, dentro de la cual apareció un completísimo y complicado cuadro electrónico.

Durante unos segundos, Komok estuvo observando detenidamente a los dos seres que se hallaban aprisionados en aquella especio de túmulo de materia transparente.

—Infrarrojos —ordenó Komok secamente.

Uno de sus ayudantes dio a una pequeña palanca y la bio-cripta empezó a llenarse de una suave luz roja que parecía provenir de toda la superficie de las paredes. Otro de los ayudantes de Komok consultaba un aparato de registro:

—Veinticinco... treinta y dos... treinta y siete... cuarenta y uno... ¡cincuenta! —dijo en voz un poco más alta.

—Suficiente —contestó Komok.

Luego volvió a dar una nueva orden:

—El rayo sierra.

Una nueva manipulación de sus ayudantes y desde la pared opuesta a la que se encontraba el cuadro de mandos fue surgiendo y alargándose lentamente un finísimo rayo violáceo que, manejado desde el puesto de mando por uno de los hombres de Komok, fue ascendiendo hasta situarse en la parte superior del túmulo.

—Acción —ordenó Komok.

Aquel rayo comenzó a chisporrotear más claramente y fue cortando como una finísima sierra el túmulo en que se encontraban los dos seres, de forma que lo dividió en dos partes, en cada una de las cuales se encontraba uno de ellos.

— ¡Basta! Ahora el deslizador.

Una nueva maniobra en el cuadro de mandos y la parte del bloque en que se encontraba la Madre Amak se fue deslizando hacia el fondo de la bio-cripta, mientras que la otra parte quedaba justamente en el centro de la misma.

Harry seguía con intensa ansiedad aquellas operaciones tan cuidadosamente calculadas y realizadas con tan maravillosa perfección técnica.

Komok volvió a tomar la palabra.

—Rayo de fusión.

Uno de los encargados del cuadro de mandos pulsó un botón y de la parte superior de este cuadro de mandos surgió un haz de rayos de color verde brillante que fue a chocar contra el bloque en el que se encontraba aprisionado el Padre Actor. Rápidamente este bloque comenzó a vaporizarse.

— ¡Pronto! El aspirador —dijo Komok.

La luz verde envolvía en su brillo maravilloso aquel bloque y lo reducía por segundos a un menor tamaño. Komok miraba afanosamente la operación. Otra orden y el haz de rayos de luz verde dejó de producirse.

—Ya hemos conseguido vaporizar la mayor parte del bloque. Ahora sería peligroso continuar con el rayo vaporizador y es preciso que empleemos instrumentos de más alta precisión.

El primer ayudante de Komok hizo una seña con la mano y uno de los hombres del equipo se adelantó impulsando suavemente con sus manos un extraño aparato.

Harry no tenía ni la menor idea de qué podía ser aquello. Se trataba de una especie de pequeño tubo de unos treinta centímetros de largo asentado sobre una extraña combinación de instrumentos. Komok hizo que se situara aquel pequeño aparato a unos dos metros escasos del túmulo que encerraba a Actor.

El rayo vaporizador había ido deshaciendo el túmulo y en la actualidad podía considerarse como una barra de hielo de unos dos metros de largo por escasamente ochenta centímetros de altura.

—Conexión —dijo Komok.

Alguien realizó aquella orden y aquel tubo, montado sobre el trípode que lo había arrastrado hasta las proximidades del túmulo, comenzó a emitir un rayo de la misma tonalidad que el anterior, pero esta vez extraordinariamente fino. Komok lo dirigió hacia el túmulo y éste comenzó a evaporarse, pero gradualmente, según la línea que marcaba el finísimo rayo.

Durante más de media hora Komok fue recorriendo con la punta de aquel rayo lo que restaba del túmulo de Actor. Poco a poco las paredes se iban haciendo más delgadas, y el cuerpo del anciano estaba más cerca de encontrarse, por fin, al descubierto. Unos minutos más y aquel inmenso bloque había quedado reducido a un simple revestimiento del cuerpo de Actor.

Komok, con la habilidad de un escultor asombroso, iba perfilando la silueta de Actor. Por último, ya sólo separaba el cuerpo del anciano de la atmósfera de la bio-cripta apenas un milímetro.

—Alto —dijo Komok.

A su orden la acción del rayo cesó casi automáticamente.

Komok se incorporó; grandes gotas de sudor perlaban su frente e iban resbalando por sus mejillas. Una auxiliar femenina se aproximó y le enjugó el sudor.

Komok miró a todos los seres que constituían su equipo.

—Ha llegado el momento decisivo. Conecten el detector de densidades.

Rápidamente sé cumplió su orden.

—Rayo vaporizador —ordenó de nuevo.

Nuevamente el finísimo rayo verde surgió de aquel tubo. Komok comenzó a evaporar la pequeña capa de aquella materia transparente que cubría el cuerpo de Actor.

Con sumo cuidado iba actuando desde los pies a la cabeza del anciano. Constantemente miraba un aparato de control que le indicaba el espesor dé aquella finísima película.

Harry observaba excitadísimo la última parte de la operación. Dentro del traje que cubría enteramente su cuerpo y su cabeza, al igual que el de los demás que se encontraban en la bio-cripta, sentía que el corazón le golpeaba con fuerza.

Komok continuaba su misión con exquisito cuidado. Los pies de Actor habían sido ya desembarazados totalmente de la capa de aquella extraña materia transparente que durante tantos miles de años le había cubierto. Lentamente fue haciendo lo mismo con las piernas, el vientre, hasta llegar al pecho de Actor.

Komok dio una nueva orden:

—Atmósfera B2.

Uno de sus ayudantes puso en marcha otro de los aparatos allí dispuestos y la atmósfera de la bio-cripta empezó a renovarse, siendo sustituida por una atmósfera de tipo especialísimo, previamente fabricada para aquel momento. Ya había desembarazado el tronco de la fina película que lo cubría, cuando Komok comenzó a ascender por el cuello. De pronto un rugido, apenas contenido, se ahogó en los labios de Komok. Dos o tres de sus hombres dieron unos pasos hacia el cuerpo del anciano Actor, pero Komok, con una presencia de ánimo extraordinaria los detuvo con un gesto de su mano.

Harry aguzó la vista para ver qué era lo que había promovido aquella alarma. Por fin pudo percatarse de lo sucedido: por el cuello de Actor empezaba a manar un chorro de sangre. Indudablemente el rayo que manejaba Komok había rozado la carne de Actor, produciéndole una herida. Todos estaban en suspenso.

Lask frunció las cejas bajo la escafandra que cubría su cabeza,

y tanto él como el resto de sus hambres se encontraba en una terrible tensión; pero el jefe de la operación proseguía imperturbable con su labor, recorriendo con el finísimo rayo verde el resto de la cabeza de Actor.

Harry comprendió que la situación era sumamente difícil; miró atentamente el lugar de la herida que se le había inferido a Actor en el cuello y vio aterrorizado que estaba precisamente a la altura de la yugular. El pequeño chorro de sangre que salía lo hacía de una manera continua y rápida, indicando que indudablemente había sido herida esta importante arteria.

Komok aceleraba sus movimientos, y poco a poco fue descubriendo el resto de la cabeza de Actor. Por fin pareció haber terminado su labor. Inmediatamente dio una serie de órdenes secas:

—Alto.

El rayo verde se cortó rápidamente.

—Pronto, al quirófano. Hay que intervenir.

Rápidamente varios de los hombres de su equipo cogieron al anciano Actor y lo situaron en una pequeña camilla rodante que ya estaba dispuesta para el caso. Con pasos acelerados se dirigieron hacia una pequeña puerta, que había quedado al descubierto después de apretar un resorte y precisamente situada en la parte contraria a la que servía de acceso a la bio-cripta.

Rápidamente introdujeron allí al anciano, cuya pérdida de sangre era cada vez más grave.

Komok se dirigió hacia Lask.

—Ha sido imposible evitar el accidente.

Lask, conocedor de la dificultad de aquella operación, asintió con la cabeza con un gesto de comprensión.

—No creo que haya perdido demasiada sangre —continuó Komok—. En seguida será suturada la herida de la yugular. Esperemos que todo salga bien.

Mientras tanto, en el interior de aquella habitación lateral en la que habían introducido a Actor, el cirujano jefe actuaba rápidamente para intentar contener aquella hemorragia que podía acabar con toda posibilidad de volver a la vida activa a Actor.

Unos minutos después, el primer ayudante del cirujano pudo tranquilizar a todos los que esperaban ansiosamente.

—Hemos conseguido atajar la hemorragia. Después de hecho el análisis bio-fisiológico creo que podemos decir que la herida no tendrá más graves consecuencias.

Lask y todos los allí reunidos suspiraron con profunda

satisfacción.

Komok, que había conservado exteriormente su serenidad, sintió cómo le subía una oleada de sangre a las mejillas que las coloreaba de una manera extraordinaria.

Lask, que no perdía ni un solo detalle de la cara de aquel hombre del que tanto dependía, posó su mano sobre el hombro de éste y lo miró rectamente a los ojos con una mirada que le infundía aliento.

— ¿Puedo continuar? —dijo Komok.

—Sí. Sigamos adelante —contestó Lask.

Komok se volvió hacia el centro de la bio-cripta y dio una orden.

—Túmulo de la Madre Amak. Sitúese en la posición prevista.

Inmediatamente el túmulo de la Madre Amak se fue deslizando hasta situarse en la posición que anteriormente había ocupado el que encerraba a Actor.

—Rayo vaporizador.

De nuevo, el haz de luz verde comenzó su silenciosa labor. Poco a poco fueron repitiéndose las circunstancias que se habían operado sobre la parte del túmulo de Actor. La tensión nerviosa de Harry apenas si le permitía estar en el sitio que se le había señalado. El bloque que encerraba a aquella hermosísima mujer fue disminuyendo de tamaño. Jamás Harry había podido contemplar una cosa tan fantástica. La luz roja que inundaba la habitación, taladrada por aquel poderoso haz de luz verde, daba a las cosas y a los seres que allí había una forma fantástica.

Komok seguía imperturbable su actuación. De pronto, la luz roja se cortó. Una mirada de sorpresa se pintó en los ojos de todos.

— ¡Pronto, infrarrojos! —gritó Komok.

Pero esta vez su orden no podía ser obedecida.

— ¿Qué es lo que sucede?

Harry fue quizá el primero en percatarse. El ayudante encargado de la manipulación de uno de los sectores de aquel inmenso cuadro de mandos, se encontraba prisionero por una poderosa corriente eléctrica que lo hacía vibrar con terribles sacudidas. Indudablemente un descuido en el manejo de aquel delicadísimo cuadro de mandos había conducido a aquella situación, de forma que la luz roja había sido interceptada por aquel accidente.

—Es preciso que vuelva pronto la luz roja —gritó Komok en el colmo de la desesperación—. Es ya muy poca la capa que cubre a la Madre Amak y morirá definitivamente si en breves segundos no se consigue bañar de nuevo el túmulo con la luz roja.

Sus palabras sonaron apocalípticas en el ambiente de la bio-

cripta, pero prácticamente era imposible hacer nada. El hombre, prisionero de la poderosa corriente eléctrica, se retorcía desesperadamente, mientras su cuerpo empezaba a carbonizarse. Harry apenas si podía comprender nada de lo que sucedía; pero las palabras de Komok habían penetrado profundamente en su cerebro. Por lo visto aquella luz roja era indispensable para mantener la vida de la Madre Amak en aquellos momentos tan terribles de la operación.

No lo pensó más. Salió de la fila en la que se encontraba colocado junto con los demás asistentes y emprendiendo una veloz carrera se dirigió hacia el hombre que se encontraba prisionero de la corriente eléctrica. Alguien, que intuyó la intención de Harry, intentó detenerlo con la mano; pero éste se zafó hábilmente y consiguió llegar a cuatro o cinco metros de distancia de aquel pobre desdichado, cuya carne quemada y retorcida empezaba a inundar de un terrible olor el ambiente de la bio-cripta.

A esta distancia, Harry distendió sus poderosos músculos y se lanzó en un poderoso salto. Durante una fracción de segundo el cuerpo de Harry, poderosamente distendido, cruzó el aire como una flecha, luego, un impacto brutal contra el cuerpo medio carbonizado de aquel desdichado que interrumpía la emisión de la luz roja, tan necesaria para la vida de la Madre Amak en aquellos instantes. El golpe fue todo lo brutal que Harry había deseado. Un tremendo chispazo inundó la habitación con un resplandor azulado y cegador. Alguien no pudo reprimir un grito de espanto. Harry y su objetivo cayeron al suelo dando tumbos y golpeándose despiadadamente contra la dura arquitectura de la bio-cripta, a impulsos del poderoso salto de Harry. Durante unos segundos, el interior de aquel recinto quedó sumido en la más absoluta oscuridad; pero pronto los ayudantes del doctor Komok comenzaron a actuar y rápidamente se reorganizó la iluminación normal de la bio-cripta. Un segundo después, Komok, que había conservado su sangre fría, ordenaba con voz tajante:

— ¡Pronto! Rayos infrarrojos.

Uno de los ayudantes se dirigió a ocupar el puesto del hombre que había sido víctima de un descuido y, rápidamente, puso el mecanismo en acción, volviendo de nuevo a iluminarse el interior de la bio-cripta con aquella luz rojiza que tan importante era, al parecer, para proseguir la operación de volver a la vida activa a la Madre Amak.

Komok y sus auxiliares más directos continuaron imperturbables su tarea, mientras tres o cuatro personas atendían a Harry y al otro

desdichado ser. Una leve inspección les convenció de que el causante de aquel drama había muerto completamente carbonizado. Por su parte, Harry, que había recibido una brutal descarga eléctrica, se encontraba en el suelo convulso y con los ojos desorbitados, al borde de morir asfixiado. Al momento se le practicó la respiración artificial, mientras otro hombre le daba un vigoroso masaje al corazón. Lask se acercó con ansiedad para ver en qué estado se encontraba Harry.

—Es preciso hacer algo —dijo con voz angustiada.

Uno de los hombres que atendían a Harry asintió con la cabeza.

— ¡Pronto! —dijo— Llévenlo hacia la clínica. Es preciso que lo metamos en un pulmón artificial.

Entre tres de los allí presentes cogieron a Harry por brazos y piernas y lo introdujeron por la pequeña puerta que había dado acceso unos momentos antes a los hombres que llevaban a Actor.

Mientras esto sucedía, Komok y el resto de sus ayudantes continuaban infatigablemente la operación para la cual habían sido convocados. Afortunadamente en el resto de la operación no volvió a haber ningún accidente y ésta culminó en el feliz desarrollo de aquel experimento.

Luego, mientras Harry se debatía entre la vida y la muerte, asistido por un magnífico equipo de médicos, la Madre Amak y Actor, todavía inconsciente, eran reunidos nuevamente en el centro de la bio-cripta a una orden de Komok, que actuó un resorte y la parte del suelo, sobre la que descansaban los dos cuerpos en una pequeña plataforma metálica, empezó a elevarse a la manera de un ascensor. Conforme iba ascendiendo hacia el techo de la cúpula se descorría una porción de ésta, dejando al descubierto un túnel que llegaba hasta la misma cúspide de la pirámide. Komok y alguno de sus ayudantes iban acompañando los cuerpos en aquel extraño ascensor. Cuando llegaron a la cúspide, las paredes laterales fueron descorriéndose para dejar una envoltura de materia trasparente a través de la cual llegaba la débil luz del cielo sombrío de Togur. Allí tuvo lugar el último acto de esta extraordinaria operación.

Aquella especie de habitación fue inundada por un gas blanquecino que envolvió los dos cuerpos.

—Conecten el relator histórico.

Se trataba de un instrumento que enviaba directamente, por medio de la onda cerebral de aquellos dos seres, una información exacta de cuantos progresos habían tenido en el pueblo de Togur desde que Actor y la Madre Amak habían accedido a detener su

vida hasta que fuera oportuna su presencia sobre la superficie del planeta.

Durante dos días permanecerían allí rodeados de cuidados, hasta lograr su total incorporación a la vida. Al mismo tiempo, aquel extraño aparato, en el que se habían grabado les acontecimientos más importantes, como asimismo los más destacados descubrimientos científicos, comunicaba directamente a la parte del cerebro encargada de la memoria todos los sucesos y adelantos que había tenido el pueblo de Togur, de forma que, tanto la Madre Amak como Actor, estarían en condiciones de poderse hacer cargo de la situación a los pocos minutos de reintegrarse a la vida normal.

Cuando ya todo estuvo dispuesto, Komok ordenó, según estaba previsto, a algunos de sus ayudantes que permanecieran al lado de los dos seres, mientras él descendía de nuevo en aquel extraño aparato para comunicar a Lask que la parte más importante de aquella operación había sido realizada con éxito.

CAPITULO III

DURANTE muchos días, Harry se encontró entre la vida y la muerte. En el delirio le asaltaban extrañas pesadillas: hombres de ojos fosforescentes y con brazos como tentáculos que intentaban cogerle. De vez en cuando, como un pequeño relámpago en su inconsciencia, pronunciaba algunas palabras que resultaban incoherentes o veía algún rostro que le era familiar. Después, comenzó a tener un sueño más sosegado y, por último, un día abrió los ojos a la consciencia. Lo primero que vio fue la pálida cara de Chester. Este le observaba con ojos atentos y una interrogación en la mirada.

— ¿Qué sucede, Chester? —preguntó Harry, con debilísima voz.

— ¡Por fin te tenemos hombre! —dijo Chester, con un suspiro de alivio.

Luego, Harry vio junto a Chester el rostro demacrado de Tamor. La hermosa muchacha mostraba las huellas de los muchos días sin dormir al lado de Harry. Se había ofrecido voluntariamente desde el primer momento y no hubo manera de disuadirla de que abandonara el lecho del enfermo.

—Sí, parece que está mucho mejor —dijo Tamor a Chester.

Harry cerró un momento los ojos y los abrió nuevamente, esta vez con más bríos.

—Bueno, ¿qué os pasa con esas caras?

—No sabes qué susto nos has dado, Harry.

— ¿Llevo mucho tiempo aquí?

—Casi he perdido la cuenta de ello, pero creo que son veintiún días.

—Sí que ha sido un sueño largo, amigo.

—Sí, tú habrás dormido, pero lo que es nosotros, ¡no hemos pegado un ojo en los veintiún días!

Harry esbozó una sonrisa y alargó su mano para estrechar la de su amigo.

—Sé que no faltaréis nunca a mi lado si os necesito.

—Puedes estar seguro —dijo Tamor sinceramente.

—Y, bueno, ¿qué ha sucedido?

Chester hizo un relato a Harry de todo lo acontecido desde el momento en que él, en un gesto audaz y decidido, se había lanzado como un proyectil contra el ayudante de Komok, aprisionado por la corriente eléctrica.

—Entonces, Actor y la Madre Amak, ¿han vuelto a la vida?

—Sí. Hace ya varios días que están dedicados a su tarea. Una reunión de los dirigentes de Togur les ha entregado el mando; nominalmente es Actor el nuevo jefe de los hombres de Togur, aunque actúa en estrecha colaboración con la Madre Amak. Ella está realizando un esfuerzo de concentración para intentar resolver el problema de la Entropía que, como sabes, nos amenaza de muerte para una fecha próxima.

Harry comenzó a recobrar el dominio de sus facultades y fue recordando todo cuanto había sucedido. Rápidamente pasó por su mente la mágica cinta de los últimos acontecimientos. Por fortuna, pensó, todo había sido resuelto de la mejor manera posible.

Luego, interpeló a Chester de nuevo:

—Y, ¿cuáles son las noticias? ¿Crees que podrán conseguirlo?

—En ese aspecto, nada te puedo decir, Harry. Ni creo que te lo pueda decir ninguno de los hombres de Togur, aun aquellos que están más preparados que nosotros. Parece ser que el cerebro de la Madre Amak y de Actor es de una calidad infinitamente superior al de los demás seres de este planeta, de tal modo que sus pensamientos o los procedimientos que piensen emplear para resolver este problema, si es que lo consiguen, están por encima de la capacidad de los demás seres de Togur. Sí creo poder decir que, por ahora, no hay resuelto nada, pues ninguna tarea se ha emprendido y, en cuanto a la realización del sueño que perseguimos como te decía antes, la Madre Amak está haciendo un titánico esfuerzo de concentración. Durante días y días ahonda en lo más profundo de su mente, con el fin de intentar la solución que perseguimos. Espero que sepamos algo si se llega a conclusión alguna.

En este momento, entró el médico-jefe encargado de la recuperación de Harry.

—Bien, veo que nuestro enfermo pasó ya a recuperar sus facultades mentales. Ahora en cuestión de pocos días se encontrará perfectamente.

—No sabes cuánto te lo agradecemos —dijo Chester—. Durante muchos días he creído iba a ser el único representante de la Tierra

en el Universo.

—Afortunadamente no ha sido así —dijo Harry esbozando una ligera sonrisa.

—Ahora es preciso que lo dejes solo —continuó el médico; no creo conveniente que se esfuerce en ningún sentido.

Tamor y Chester comprendieron la sensatez de aquellas palabras y se levantaron para despedirse.

Harry estrechó calurosamente sus manos y vio cómo desaparecían por la puerta que daba entrada a su habitación.

Luego, el médico comenzó un reconocimiento a fondo, para mostrarse satisfecho unos minutos después.

—Todo va mucho mejor de lo que yo esperaba. El problema ahora es de recuperación física. Con un tratamiento a fondo podrás abandonar esta habitación dentro de una semana.

—Muchas gracias, doctor.

—Ahora, procure descansar y dormir todo lo que sea posible.

Harry vio también desaparecer al doctor y, unos minutos después, caía en un profundo y reparador sueño.

CAPITULO IV

LOS días fueron pasando y Harry sintió cómo sus fuerzas iban creciendo a toda velocidad. A los seis días se encontraba ya en perfecta disposición física para reanudar su vida normal.

Tamor y Chester lo visitaban durante largas horas todos los días. Por último, llegó el momento de abandonar la clínica.

El médico le hizo el último reconocimiento y dijo no encontrar motivo alguno para que continuara en aquella situación.

Harry dispuso rápidamente el traslado a su domicilio. Ya estaba despidiéndose del personal que tan cariñosamente le había atendido cuando llegó un emisario del exterior. Harry lo recibió en el despacho del director de la clínica.

— ¿Qué es lo que sucede?

—Vengo del Directorio de Togur —dijo el emisario—. Traigo orden de comunicarte que si te encuentras en buena disposición física acudas ahora mismo al Directorio de Togur.

Harry aseguró al emisario que se encontraba perfectamente y, unos minutos después, se dirigía hacia el edificio que ya había visitado en otras ocasiones.

Mientras subía la gran escalera que subía al despacho central, tuvo un emocionado recuerdo para el anciano Acrón, que tan generosamente había brindado hospitalidad a los dos terrestres. Aquel hombre que había sido víctima de la fiera agresividad de los hombres de Alfa. Llegó al rellano y le detuvo la guardia que se encontraba ante la puerta de entrada al Directorio General.

—Te están esperando, terrestre.

Uno de los guardianes abrió la puerta y se introdujo junto con Harry. Este anduvo unos pasos y se detuvo, mientras su introductor avanzaba hasta comunicar con la persona que se encontraba sentada detrás de la mesa. Harry oyó cómo una voz deliciosamente modulada decía:

—Sí. Que se acerque.

Harry salvó la distancia que le separaba de la mesa y quedó de pie frente a la persona que se encontraba allí sentada. Durante

unos segundos tuvo un momento de vacilación, pero, luego, pudo percatarse de que se trataba de la Madre Amak. La noble actitud de su figura, la pureza de sus ojos, la belleza de aquella mujer era indescriptible.

—Siéntate, terrestre.

Harry obedeció casi automáticamente.

—En primer lugar —continuó la Madre Amak, con un cariñoso dejo en su voz— quiero agradecerte tu actuación del otro día.

Harry, que realmente se encontraba turbado, no sabía a qué se refería la Madre Amak.

—Sí —insistió ésta—. Ya sé que fue gracias a tu decidida intervención en el momento en que Komok intentaba volverme a la vida activa, el que pudiera realizarse esta operación sin mayores contratiempos.

—Verdaderamente, eso no tiene importancia —dijo Harry, que realmente creía haber hecho lo único posible en aquellos momentos.

—De cualquier modo que sea, quiero darte este testimonio de mi gratitud.

Harry se encontraba plenamente turbado ante aquella mujer. Emanaba de ella un encanto tan irresistible, era tal su hermosura y demostraba tal inteligencia su mirada, que Harry se sentía como un niño inexperto ante ella. Por momentos iba subiendo de grado su turbación, al extremo de pensar que en cualquier momento iba a hacer o decir alguna inconveniencia.

Afortunadamente le salvó de la situación la entrada de un nuevo personaje. Se trataba de Actor. El anciano avanzó lentamente y con paso sereno hasta Harry.

—Recibe mi más cordial saludo, terrestre. Conozco la actuación tuya y de tu amigo Chester desde el feliz momento en que llegasteis. De igual manera que mi antecesor, el sabio Acrón, os acogió y dio su amistad y protección, yo quiero daros la mía. Espero, pues, Harry, que me honres con tu amistad.

Harry intentó confusamente balbucear algunas palabras de protesta. Por último, pudo hacerse dueño de sí mismo y responder:

—Mi amistad es algo que le ofrezco con todo mi corazón. Yo soy quien debe estar orgulloso de que un hombre como usted me brinde su amistad.

La Madre Amak sonrió ampliamente y la tensión de Harry fue aflojándose.

—Bien, de cualquier modo que sea, yo soy quien debe estar agradecido a ustedes por la buena acogida que nos dieron ustedes

a Chester y a mí. Acrón fue un gran hombre que me distinguió con su amistad. Espero que me pueda ganar también la de ustedes.

La Madre Amak lo miró seriamente a los ojos y le contestó:

—Ten la seguridad, terrestre, de que ya gozas de nuestra amistad, de nuestra mejor amistad —subrayó.

Ya por este terreno, la conversación se deslizó en tono más ligero hasta que se estableció entre los tres seres una atmósfera de mutua confianza. Harry se esforzó durante todo aquel tiempo en mostrarse agradable a sus huéspedes, pero no podía evitar, sin embargo, el fijar su mirarla con excesiva reiteración en la maravillosa mujer que tenía enfrente; de vez en cuando ésta sorprendía la avidez de sus ojos y Harry apartaba rápidamente la vista, mientras la Madre Amak esbozaba una sonrisa no exenta de malicia.

Así fueron pasando los minutos, hasta que un servidor del Directorio General entró en la habitación, para comunicar a Actor que el grupo de científicos que había convocado se encontraba en el salón de sesiones esperando su presencia.

—Está bien —dijo Actor—. Diga que voy enseguida.

Cuando hubo salido el mensajero. Actor dirigió la palabra a Harry:

—Un importante motivo de que te llamáramos ha sido el conocer de cerca al hombre de quien tanto nos habían hablado. Puedo asegurarte, terrestre, que nuestra impresión personal supera con mucho a todo cuanto nos habían dicho, pero existía también otro motivo para que fueras llamado y esto te lo expondrá Amak.

La Madre Amak se concentró durante unos segundos y, luego, dirigió la palabra a Harry.

—Verás, Harry.

Este sintió como un escalofrío le recorría la columna vertebral cuando aquella extraordinaria mujer pronunció su nombre.

—Verás —continuó ésta—. Tú sabes la situación por la que atraviesa nuestro planeta. El sabio Actor y yo hemos sido reservados precisamente para esta ocasión, al objeto de encontrar la solución a este problema. Nuestro estudio previo de la cuestión nos ha llevado a intentar un tipo de operación que quizá pudiera resolver el angustioso problema que nos acucia. Hasta ahora nadie sabe que hemos dado con la solución teórica del problema. Eres tú el primero en conocerlo y, dentro de algunos minutos, lo conocerán los seleccionados hombres de ciencia que han sido convocados por Actor que, como sabes, ejerce la Jefatura Suprema de nuestro planeta.

Harry miró con ojos interrogantes a la Madre Amak y en su mirada se reflejaba el asombro que le producían aquellas palabras, pues él se consideraba poca cosa como para ser el primer conocedor de aquella formidable noticia.

Con su admirable inteligencia la Madre Amak interpretó aquella mirada de Harry.

—No te asombres. Has sido tú el primero, porque es de ti de quien deseamos el primer trabajo necesario para nuestros planes.

—Yo estoy dispuesto a cumplir las órdenes que se me den ——dijo Harry—. Pero no quiero que se engañen conmigo. Soy muy poca cosa al lado de los hombres de ciencia que tienen ustedes en Togur Incluso el hombre más sabio de la Tierra hubiera sido un simple aprendiz al lado de ustedes.

—Aparte de las consideraciones sobre el alto valor de la modestia en el género humano —dijo Amak, con una sonrisa irónica —, el trabajo para el que necesitamos tu colaboración encaja perfectamente dentro de tus aptitudes.

—Espero que así sea —replicó Harry.

—En pocas palabras, te diré que intentamos montar una gran base de operaciones para ésta que nos ocupa.

—Lo comprendo.

—Pues bien, —continuó la Madre Amak—, la primera labor a realizar es la de encontrar el sector donde debemos instalar esa gran base.

Harry asintió con la cabeza y en su mente empezó a hacerse la luz sobre aquello que se pretendía de él.

—Es preciso —intervino Actor— que se haga una exploración minuciosa sobre la superficie del planeta, de forma que podamos dar con el sector ideal para esta operación. La base no puede estar a menos de cinco mil kilómetros de las ciudades de Togur, ni tampoco a muchos más de distancia. Por ello, hemos pensado que seas tú quien se encargue de inspeccionar el terreno, al objeto de encontrar el lugar apropiado.

—Me tranquilizan ustedes —dijo Harry— porque realmente eso sí que está dentro de mis aptitudes. Supongo que podré emplear mi aparato.

—De eso se trata —dijo Actor—. Que tú, con el equipo que creas conveniente, vueles sobre la superficie del planeta hasta encontrar ese terreno.

—Por otro lado —terció La Madre Amak—, la lamentable situación en que nos encontramos por la existencia de grupos hostiles de hombres de Alfa, esparcidos por una gran zona de la

superficie de nuestro planeta, próxima a las ciudades de Togur, ha hecho que pensáramos en ti como experto piloto que eres para que realizases este trabajo, teniendo en cuenta todos los inconvenientes que pudieran presentarse a nuestra base futura.

—Creo que eso no sería inconveniente para mí. Estoy dispuesto a encargarme de eso y a hacer cuanto esté de mi parte para que tenga éxito.

—Estamos seguros de que así será —dijo la Madre Amak—. Por ello, puedes tomar las disposiciones necesarias para emprender el vuelo tan pronto como puedas.

—De acuerde —dijo Harry—. Creo que eso podrá ser dentro de breves horas.

—No hace falta precipitarse tanto —intervino Actor—; pero si la salida pudiera ser mañana nosotros estaríamos más tranquilos.

La conversación había terminado. Tanto la Madre Amak como Actor se habían puesto de pie y Harry hizo lo mismo. Tras apretarse efusivamente las manos, Harry se despidió de sus dos nuevos amigos. En el último instante aún lanzó una furtiva mirada a la Madre Amak, la cual pareció esperarla y la recibió con una sonrisa que hizo salir los colores a las bronceadas mejillas de Harry.

Pocos segundos después, abandonaba éste el local del Directorio General de Togur con el fin de salir cuanto antes en busca del lugar deseado por Actor y la Madre Amak.

CAPITULO V

DURANTE nueve días Harry voló sobre la superficie de Togur, en busca del lugar adecuado. Cruzó el cielo en todas direcciones y en más de una ocasión pudo observar pequeños grupos de hombres que se ocultaban en las irregularidades del terreno, en cuanto veían aparecer el aparato de Harry. Esto no le gustó nada. Por el aire furtivo de aquellos seres y por su especial indumentaria, podía verse a las claras que se trataba de hombres de Alfa; indudablemente restos del derrotado ejército de este país.

El noveno día dio por terminada su búsqueda y se encaminó directamente al aeródromo de su Cuartel General. Una vez allí se trasladó al edificio donde se albergaba su Estado Mayor y mandó una comunicación al Directorio General para solicitar audiencia con Actor y la Madre Amak. Un ayudante de Actor le dijo que pasaría cuanto antes su petición y que le avisarían en cuanto le fuera concedida la audiencia. Harry prometió no moverse de su Estado Mayor en espera de la llamada.

Durante el resto del día se dedicó a poner en orden los asuntos de la Flota Aérea. Al anochecer, se presentó Chester y los dos amigos se abrazaron con agrado.

—Bueno, viejo Harry, parece que estás haciéndote un poco misterioso.

— ¿Yo misterioso? ¿A qué viene eso, Chester?

—He intentado verte durante estos últimos días y me ha sido imposible. Tus ayudantes me han dicho que te encontrabas en vuelo. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Poca cosa, Chester. En realidad, me he encargado de una pequeña misión.

— ¡No me digas!

— ¿Qué tiene de extraño la cosa?

—Si te he de ser sincero, mucho, querido Harry. En primer lugar, me sorprende que una pequeña misión dure tantos días y, en segundo lugar, que el segundo Jefe de las Fuerzas Aéreas de Togur se encargue de realizar una pequeña misión personalmente.

Es alto sorprendente, ¿verdad?

—Bien —dijo Harry, sin poder contener una sonrisa ante la perspicaz deducción de Chester—. Quizá la misión tenga algo más de importancia de la que yo he pretendido hacerte creer, aunque te aseguro que ni yo mismo sé el alcance que tiene.

—No quiero insistir, Harry. Sé lo que son estas cosas y si no te pertenece el secreto debes guardarlo.

—Gracias, Chester. Así lo haré. De todas formas no creo que tardes en enterarte.

— ¿Qué piensas hacer a la hora de cenar?

—Entre otras cosas —dijo Harry irónico—, cenar, ¿qué te parece la idea?

—Desde luego, me parece estupenda y llena de lógica. Yo te acompañaría con gusto, pero tengo trabajo que hacer.

—Lo comprendo, lo comprendo, Chester.

—Oye, no lo digas en ese tono. Me parece que no comprendes nada. Tendré que comunicarte para tu buen gobierno, que entre las últimas catástrofes se encuentra la separación de Tamor de mi lado.

— ¿Qué me dices, Chester?

—Lo que oyes, Harry. Ha sido adscrita a otro servicio.

—Vaya. Eso sí que es una mala noticia.

—En fin, hay que tener paciencia —dijo Chester resignado, y luego a continuación añadió—: Bueno, ¿cuándo nos veremos?

—No lo sé, Chester. Estoy esperando la llamada del Directorio General de Togur para reunirme con Actor y la Madre Amak.

— ¡Ah! —dijo Chester sorprendido—. ¿Tienes que ir al Directorio General, ahora?

—No sé si será ahora. Esperó de un momento a otro que me avisen.

—Vaya, vaya. Bien pensado, creo que podría acompañarte a cenar.

—Por mí no dejes tus deberes —replicó Harry—. Yo también cenaría a gusto contigo, pero si tienes algo que hacer...

—No es nada de mucha importancia. Algunos detalles que pueden resolverse más tarde.

—Si es así, puedes quedarte. Me alegro que hayas cambiado de idea.

—Sí, bien pensado sí que puedo disponer de tiempo.

Los dos amigos pasaron el resto de tiempo hasta la hora de la cena comentando los varios incidentes de los últimos días. Luego se reunieron en el comedor del Estado Mayor de Harry e hicieron una magnífica cena, demostrativa de la buena salud en que se

encontraban. Estaban conversando amigablemente, de sobremesa, cuando llegó un emisario y notificó a Harry que podía presentarse en el Directorio de Togur.

—Bueno, Chester, por fin ha llegado la noticia. Tengo que trasladarme inmediatamente a ver a Actor y a la Madre Amak.

—Te acompaño te acompaño, Harry.

—No te molestes, Chester. Al fin y al cabo ya te he entretenido demasiado.

—Te aseguro que dispongo de tiempo.

Harry se encogió de hombros, y los dos amigos se dirigieron hacia el pequeño vehículo que les esperaba y que les trasladó en poco tiempo al Directorio General de Togur.

Cuando se dieron a conocer, fueron introducidos rápidamente hacia el interior del edificio hasta encontrarse con la puerta que daba al despacho de la Madre Amak.

—Bueno, Chester, hasta la vista. Te agradezco la buena compañía que me has hecho.

—Bien, hasta la vista, Harry —dijo éste en tono compungido—. Si no tardas mucho te esperaré a que salgas.

—Como tú quieras.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y apareció Tamor. Harry comprendió en un segundo el porqué del cambio operado en Chester durante las últimas horas.

— ¡Ah, caramba! Ya comprendo, querido Chester; tu afecto por mí es algo que me conmueve.

Chester enrojeció hasta las orejas. Tamor miró a los dos hombres y lanzó una mirada de reproche a Chester. Luego se dirigió a Harry:

—Bueno, Harry. Te están esperando.

Harry dio un apretón a Chester y se dispuso a entrar en el despacho.

—Se me había olvidado —dijo Chester— decirte que Tamor ha sido nombrada ayudante de la Madre Amak.

—Okay, viejo. Okay. Hasta la vista.

La puerta se cerró tras Harry y Tamor, no sin que antes ésta enviara una mirada a Chester que le consoló de todo el tiempo que estaba sin verla.

CAPITULO VI

HARRY encontró a la Madre Amak rodeada de un sinnúmero de ayudantes, los cuales parecían dedicados a las más activas y diversas tareas.

Cuando lo vio la Madre Amak lo recibió con un alegre saludo.

—Sé bienvenido, terrestre. ¿Has dado por fin con lo que pretendemos?

—Así es —contestó Harry—. Creo haber encontrado el sitio ideal.

—Y bien, ¿dónde está?

—Aproximadamente a unos cinco mil seiscientos kilómetros de aquí, dirección Este-Noreste.

La Madre Amak dio una breve orden y uno de sus ayudantes, poco después, extendía una minuciosa carta geográfica de la región señalada por Harry. Este observó con detalle y señaló un lugar.

—Aquí. En mi carta geográfica el lugar está referido por la coordenada 32-28.

La Madre Amak, con ayuda de uno de sus auxiliares, localizó el lugar.

— ¡Ah, sí! —dijo—. Se trata de la zona del sistema orográfico B-42.

—Exactamente —repuso Harry—. He encontrado un sitio muy apropiado. Se trata de una gran llanura rodeada de altas montañas casi por todas partes. Creo que ahí sería posible instalar la base deseada; al mismo tiempo podríamos acondicionar con poco esfuerzo un aeródromo para el aterrizaje de los aviones de transporte.

—Creo que has dado con lo que deseábamos —dijo la Madre Amak convencida—. ¿Cuándo podremos verlo?

— ¿Cómo?

—Digo que cuándo podremos verlo.

Harry reaccionó.

—Por mí estoy dispuesto desde ahora mismo.

—Está bien, terrestre. Partiremos dentro de seis horas.

— ¿Qué disposiciones debo tomar?
—Creo que mejor es no tomar ninguna —repuso la Madre Amak —. Podemos hacer el viaje con un solo aparato, sin escolta ni nada parecido. Tendremos mayor libertad de movimientos y, al mismo tiempo, evitaremos que los posibles enemigos sospechen la importancia de este viaje.
—Entonces tendré preparado mi aparato para la hora señalada.
—De acuerdo, Harry —dijo la Madre Amak con una sonrisa—. Nos veremos dentro de seis horas.
— ¿Vendré yo a recogerla?
—No. Me trasladaré yo al aeródromo.
—Pues hasta luego.
Harry volvió sobre sus pasos y salió al exterior donde todavía le estaba esperando Chester.
— ¿Alguna novedad, Harry?
—Por ahora poco puedo decirte, sólo te diré que vuelvo a salir otra vez en misión.
—Oye, Harry, ¿sabes que ya me está fastidiando el estar tan inactivo?
— ¿Inactivo? No creo que puedas estarlo, estando encargado de la defensa de la ciudad.
—Sí, es cierto; pero eso no me proporciona apenas trabajo ni emociones Los hombres de Alfa son poco numerosos y no se atreven a actuar contra nosotros. Mis fuerzas están distribuidas en un amplio ruedo alrededor de la ciudad, de forma que apenas si tengo otra cosa que hacer que entablar contacto por tele-radar con los diferentes jefes de sector.
—Sí; desde luego que ahora te será un poco más pesado, ¿verdad? ¡Te han quitado a tu auxiliar femenina!
—Bien. No puedo negarte que es así. Al fin y al cabo Tamor es una chica muy inteligente y que se compenetraba perfectamente conmigo.
Los dos amigos salieron a la calle cogidos del brazo y Harry se despidió pocos minutos después, dirigiéndose rápidamente hacia su Estado Mayor. Una vez allí dispuso las cosas necesarias para emprender el vuelo en la hora prevista por la Madre Amak.
Cuando llegó aquella extraordinaria mujer todo estaba preparado para el despegue. En pocos minutos, el equipo de hombres que acompañaba a Harry en el vuelo estaba dispuesto y éste y la Madre Amak, a quien acompañaba Tamor, confortablemente sentados en sus respectivos sitios.
— ¿Puedo despegar, jefe? —dijo el piloto.

—Sí, despeguemos.

El aparato inició una rápida pero corta carrera y con un brinco asombroso abandonó el suelo, dirigiéndose velozmente hacia las alturas. Pocos minutos después, y ya volando en línea recta, se dirigían hacia el lugar previsto.

El tiempo fue pasando. Harry había dado instrucciones precisas para que el vuelo se realizara a mediana velocidad, al objeto de disminuir hasta el máximo las posibilidades de un accidente. Aun a pesar de ello, el avión cruzaba el espacio por encima de la barrera del sonido.

La Madre Amak parecía concentrada en profundos pensamientos. De vez en cuando miraba distraídamente a través de las paredes transparentes de la cabina.

—Creo que ha sido un acierto la elección del sitio —comentó en voz alta—. Conviene perfectamente a nuestros planes, ya que no rebasamos con mucho la distancia mínima indispensable a que debe encontrarse la base de nuestra ciudad.

—Hubiera podido encontrar otro sitio más cerca; los hay en muy buenas condiciones a mucha menos distancia, pero como eran otras las instrucciones lo he hecho de esta manera.

—Sí; es preciso que sea así. Precisamente la cuestión de la distancia es importante. El coeficiente de Entropía que va saturando nuestro planeta nos impide hacer excesivos movimientos. Hubiera sido, pues, bueno encontrar un lugar apropiado más cerca de Togur, pero la índole del experimento que vamos a realizar hubiera tenido trágicas consecuencias para nuestras ciudades. Por eso hemos tenido que sacrificar ese ahorro de Entropía para poder realizar la operación sin exponer a un grave peligro a los habitantes de nuestras ciudades.

—Es sorprendente que una mujer, ¿cómo diría yo?... una mujer como usted se encargue de estos menesteres.

—Sorprendente, ¿por qué?

—Ya sé las excepcionales dotes intelectuales que posee, pero...

—Pero ¿qué? —dijo la Madre Amak con una suave sonrisa.

—No sé; pero en la Tierra, de la cual procedo como usted sabe, aunque la mujer alcanzó una gran preponderancia en los últimos tiempos, no llegó nunca a ser realmente el cerebro director de la proyección histórico-científica de la humanidad.

—En Togur hace ya mucho tiempo que dejamos toda clase de prejuicios respecto a eso. El hombre y la mujer actúan según su propia disposición y su capacidad mental. Disponemos de equipos técnicos precisos que determinan desde la infancia para qué debe

ser destinado un ser. Ese es el motivo de que se den casos como el de Tamor, por ejemplo, que siendo una muchacha deliciosa se encuentre dedicada a tareas guerreras.

Tamor respondió al elogio con una deliciosa sonrisa. Harry tuvo que convenir que el de Tamor era un caso que ilustraba perfectamente lo que decía la Madre Amak.

Así fueron departiendo durante el camino. Les arrancó de su diálogo la voz del observador.

—Un avión a dos kilómetros de nosotros en la parte Noreste.

— ¿Qué clase de avión es? —preguntó Harry.

—Se trata de uno de los de nuestra flota, del mismo tipo que el que nosotros llevamos.

—Comunica con él.

El jefe de comunicación puso en marcha el equipo de tele-radar y lanzó la señal de comunicación. Pasaron unos segundos, pero al no ser recibida la contestación del otro avión, volvió a emitir la señal.

—No contestan, jefe.

— ¿No estará estropeado el equipo emisor?

El encargado del equipo lo comprobó rápidamente.

—No, jefe. No está estropeado.

—Insiste otra vez.

De nuevo se intentó la comunicación con el aparato acompañante y con idéntico resultado.

—Es sorprendente, jefe, ¿no le parece?

—Sí; pero quizá son ellos los que tienen estropeado el aparato emisor-receptor.

El observador volvió a tomar la palabra.

—Parece que se dirigen hacia nosotros.

Harry observó detenidamente al avión y vio que, en efecto, aceleraba la marcha en dirección a su aparato.

— ¿No te parece un poco rara la maniobra, Harry? —preguntó Tamor.

—Tal vez intenten pasar cerca de nosotros, al objeto de identificarnos.

El misterioso aparato había acortado considerablemente las distancias. De pronto un poderoso haz de luz azulada fue proyectado desde el avión contra el aparato de Harry. Un reflejo instantáneo del piloto y la falta de precisión en la emisión del rayo luminoso salvó a aparato de Harry.

— ¡Nos están atacando! —gritó el piloto mientras maniobraba hábilmente para zafarse del aparato adversario.

—Esos hombres se han vuelto locos —gritó Harry—. Nos atacan con rayos de fusión.

— ¿Replico, jefe? —preguntó el piloto.

La excitación de Harry subía de punto, máxime al considerar la gran responsabilidad que le cabía en aquel viaje, por llevar consigo la tan preciosa carga de la Madre Amak. Con gesto enérgico se levantó del asiento y ocupó el del piloto, haciéndose así cargo del vuelo de la nave. El aparato que tan hostil se había mostrado había descrito una hábil circunferencia en el cielo y de nuevo intentaba enfocar al de nuestros amigos. Harry maniobró velozmente y se lanzó en un vuelo picado al objeto de poner la distancia suficiente que le permitiera maniobrar. Asimismo el aparato enemigo intentó contrarrestar la maniobra, buscando el hacer blanco en su contrario.

A partir de aquel momento, una danza macabra comenzó entre aquellos dos alados seres del espacio: rizos, looping, picados, barrenas, toda la gama propia de la técnica del vuelo fue desarrollándose a una rapidez vertiginosa. Harry sabía que aquel duelo tenía que ser a muerte. Un solo descuido, un reflejo que no funcionara debidamente sería suficiente para que el enemigo consiguiera la victoria. Durante varios minutos continuó aquel baile diabólico. Por último, el aparato enemigo consiguió colocarse a la cola del de Harry, de forma que podía enfocarle con sus armas sin que éste pudiera responder de ningún modo. Harry picó a fondo y su aparato descendió a velocidad vertiginosa, teniendo apenas el tiempo necesario para esquivar el mortífero rayo de luz azulada que, como mensaje de muerte, acababa de enviarle el avión enemigo. La casi seguridad que tenían los enemigos de decidir la victoria con aquella maniobra les hizo perder unos preciosos segundos, por el asombro de ver cómo se les escapaba ileso el aparato de Harry. Este aprovechó el momento para hacer picar más a su aparato, de forma que, dando una rápida vuelta, consiguió ponerse en vuelo vertical, precisamente atacando por detrás el aparato enemigo.

Los hombres que pilotaban este aparato intentaron inútilmente zafarse, deslizándose en sentido lateral, pero Harry accionó oportunamente sus armas y el poderoso rayo azulado dio de pleno en el aparato enemigo que, envuelto en llamas cayó en barrena hasta estrellarse contra el suela Durante unos segundos se miraron en silencio todos los presentes.

—Ha sido milagroso el que nos salváramos —fue el comentario de Tamor.

—No consigo comprender —intervino la Madre Amak— cómo

esos hombres pueden habernos atacado. Que yo sepa les hombres de Alfa no disponen de aviones.

—No. Estoy seguro de que era un avión de los nuestros, precisamente del mismo tipo que el que llevamos.

—No lo comprendo, jefe. No lo comprendo —murmuró el piloto mientras se secaba el sudor que perlaba su frente.

—Vamos a bajar a ver quiénes eran los tripulantes de ese avión. ¿Le parece a usted?

—Sí. Descendamos —contestó la Madre Amak—. Aunque no quiero correr peligros inútiles, es del todo necesario que sepamos qué es lo que ha ocurrido.

El avión de Harry descendió suavemente y fue a posarse a escasos metros de distancia del montón de ruinas en que se habla convertido el aparato contrario.

—Creo conveniente que no descienda nadie más del aparato y que, por el contrario, estén todos vigilantes, con las armas dispuestas, por si acaso, mientras yo me acerco allí;

Harry descendió del aparato y con paso rápido se dirigió hacia su objetivo; en efecto, el avión que tan hostil se había mostrado era un montón retorcido de metales a medio fundir. Afortunadamente el choque contra el suelo había abierto algunas escotaduras por las que Harry, después de dejar pasar unos minutos para que se enfriara el fuselaje, pudo introducirse en el interior de la cabina de mandos.

Tres hombres yacían allí muertos. Su vestidura era la característica de los hombres de Alfa. Por si esto no fuera indicio suficiente, Harry puso en marcha su contador de radioactividad y pudo comprobar que reaccionaba al aplicarlo a las heridas de sus enemigos. Después de una última ojeada abandonó el aparato y se dirigió hacia el suyo. Una vez allí explicó en breves palabras su descubrimiento, arrojando una sombra de inquietud sobre todos los presentes.

—Lo que no comprendo —dijo Tamor— es cómo han podido hacerse con un avión de nuestra flota.

En aquel instante el equipo emisor-receptor dio la señal de comunicación.

— ¿Qué sucede? —preguntó Harry ante la pantalla micrófono.

—He estado intentando localizarle por todas partes, jefe.

Harry dio al conmutador del televisor y vio reflejada en la pantalla la cara de uno de sus ayudantes.

— ¿Qué ha sucedido? —insistió Harry.

—Quería comunicarle que uno de los aviones de nuestra

reserva ha sido robado.

— ¿Cómo fue eso?

—En realidad no tenemos una idea exacta de cómo pudo suceder. De pronto lo vimos en vuelo e intentamos interceptarle el paso, pero mientras despegaban nuestros aviones adquirió tal ventaja que fue imposible alcanzarlo. En la actualidad varias patrullas están lanzadas en su búsqueda.

—No lo busquen más.

— ¿Sabe usted algo, jefe?

—Sí. Hemos tenido que combatir con ese aparato. Fue robado por hombres de Alfa.

Su interlocutor soltó una exclamación de sorpresa y de rabia.

—El asunto está zanjado —dijo Harry—. Abrid una investigación para ver quién es el responsable de ese descuido y espero que no vuelva a suceder. El pueblo de Togur ha corrido un grave peligro debido a ese accidente.

—A tus órdenes, jefe —contestó su interlocutor.

Harry cortó la comunicación y ordenó de nuevo el despegue del aparato. Unos minutos después volaba sobre la zona elegida por Harry en sus vuelos de exploración, esta vez atentamente observados por la Madre Amak.

—El sitio es ideal —comentó en voz alta—. Aquí estableceremos la base para la Operación «Aurora».

— ¿Qué nombre le pondremos a la base? —preguntó Tamor.

—Creo, por muchos motivos, que debe llamarse base «Resurrección» —dijo Harry.

—De acuerdo —dijo la Madre Amak—. El título le conviene. Siento que no tengamos una buena botella para brindar por ella.

El observador tosió discretamente, como dando a entender que tenía algo que decir.

— ¿Qué sucede? —preguntó Harry.

—No es por nada. No tengo costumbre de beber cuando voy de vuelo, pero da la casualidad... que tengo ahí una botella...

Harry lo miró severamente. Luego decidió perdonar aquella transgresión de los reglamentos y dio por bien venida la posibilidad de hacer el brindis que deseaba la Madre Amak. Rápidamente se llenaron todos los vasos de plástico que llevaban los ocupantes del avión en el pequeño equipo individual y esperaron el brindis de la Madre Amak. Esta se puso en pie y todos le imitaron.

Con voz serena y ojos soñadores alzó su vaso.

—Porque la base «Resurrección» cumpla su misión.

—Así sea —respondieron todos.

Una vez hecho el brindis y a una indicación de la Madre Amak, el aparato emprendió el vuelo de regreso.

CAPITULO VII

HARRY oyó una gran carcajada a sus espaldas. Por el timbre de la voz estaba seguro de quién se trataba. Se volvió y pudo contemplar que su sospecha era cierta.

— ¿Puede saberse de qué te ríes, diablo sin cuernos?

—No puedo evitarlo, Harry. Me haces una gracia extraordinaria.

— ¿Sí? —replicó Harry—. ¿Quieres explicarme por qué te hago tanta gracia?

—Cualquiera lo diría —continuó Chester—. El águila del Universo, el aviador más audaz que conocieron los siglos, el Apolo volador, dedicado a estas tareas —terminando su burlesco discurso con una carcajada.

Harry no tuvo más remedio que imitarle. En verdad tenía razón Chester. Desde hacía unos días había cambiado por completo su forma de actuar.

—No puedes tú tampoco presumir de mucho más —le contestó —. Tampoco tú eres el valiente y elegante oficial que dices ser a las damas.

—Sí, Harry, sí. Así son los tiempos. Cualquiera nos reconocería.

—Esto se ha convertido en una agencia de transportes — concluyó Harry.

En efecto, desde hacía muchos días todos los aparatos disponibles de Harry se habían dedicado a un transporte incesante entre los distintos lugares de aprovisionamiento de Togur y la base Resurrección. Asimismo la mayor parte de los hombres de Chester se dedicaban a hacer el traslado de las distintas materias hasta los aeródromos, donde eran cargadas para su traslado.

—Puedo asegurarte, querido Chester, que has perdido ese aire marcial que tan bien te sentaba.

—Pues no creas que tú estás mucho mejor, Harry; más bien pareces un capataz que un aguerrido militar.

En efecto, Harry se encontraba sudoroso, con la camisa pegada al cuerpo y un block donde tomaba una serie de notas para el más eficaz control de todos los envíos.

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí?

— ¿Qué ha de ser, viejo?

—Una nueva expedición —aseguró Harry.

—Ciertamente. He de entregarte diez mil cajas de un material altamente delicado.

— ¿De qué se trata?

—No lo sé. Sólo sé que se me ha recomendado gran cuidado con él y debe de tratarse de algún material importante en las construcciones que se están realizando en la base Resurrección.

—Está bien —dijo Harry—. Serán enviadas a un ayudante mío para que se haga cargo de ellas y las almacene; de momento no puedo disponer de aviones para su transporte.

—Me han ordenado que te dijera, querido Harry, que es preciso transportar esto rápidamente.

—Sí; se hará hoy mismo, pero espera a que vengan algunos centenares de aviones, pues la última expedición ha supuesto el envío de mil de ellos. Es cuestión de una hora.

—De acuerdo, viejo.

Los dos amigos se dirigieron conversando hacia el lugar destinado para la entrada de mercancías. Harry hacía muchos días que no veía más que cajas con toda clase de materias encerradas en su interior, tanto de tipo estratégico como de aprovisionamiento. En todas ellas podía distinguirse claramente escritas las íniciales «O. A.», que eran las que comenzaban las palabras con que se había bautizado el más grande experimento de todos los tiempos. Estas palabras eran: «Operación Aurora».

— ¿Sabes lo que pedíamos hacer, Harry?

— ¿Tienes alguna idea luminosa?

—Sí. Cuando terminemos esto podíamos montar una agencia de transportes, ¿qué te parece?

Harry rió por un momento la salida de Chester.

—Te advierto que cuando terminemos esto me gustaría estar en condiciones de poder montar cualquier cosa que fuera.

— ¿No crees que salga bien?

—Si no tuviera esa esperanza ten la seguridad que no me encontraría tan tranquilo; pero, a pesar de todo, sabes que las cosas no están demasiado claras.

—Oye, tú que has tenido más contacto con la Madre Amak, ¿qué te parece? ¿Es mujer capaz de resolver la situación?

—Sí —dijo enérgicamente Harry—. Estoy convencido de que es muy capaz de hacerlo.

—Sí; yo también lo creo. Por lo menos eso es lo que dice toda la

gente de Togur. Al fin y al cabo, cuando nació y la destinaron para esto por algo sería, ¿no te parece?

—Creo que las esperanzas del pueblo de Togur responden a la realidad. Es una mujer maravillosa.

Chester miró de soslayo a Harry.

— ¡Caramba, parece que eres un decidido admirador de esa mujer!

Harry no quiso recoger la insinuación.

—Sí; ten la seguridad de que lo soy. Es excepcional. Le basta mirarte para comprender lo más profundo de tus pensamientos. Ante ella me siento un poco cohibido y otro tanto empequeñecido.

—Malo, malo, Harry. Por ahí se empieza.

— ¡Bah! ¡No digas tonterías!

— ¡Huy! Esto es mucho peor de lo que creía. Así que esas tenemos...

— ¡Vete al cuerno, Chester! Te estoy hablando en serio...

—Hablando de otra cosa. ¿Qué va a suceder?

¿Acabaremos pronto?

—No lo sé. Te advierto que mi participación en los planes generales de la Operación Aurora es, poco más o menos, lo mismo que la tuya. Bromeabas antes, pero encerraba un fondo de verdad tu broma cuando decías que nos hemos convertido en una agencia de transportes. Realmente, yo no sé nada más que eso. Desde hace varias semanas no veo más que cajas de material, cajas de víveres, transporte de científicos, envíos de miles de hombres a la base Resurrección. En fin, puedo asegurarte que no tengo ni la menor idea de lo que se va a hacer.

—Sí. Otro tanto me sucede a mí. Por otra parte, te diré que constantemente recibo instrucciones en el sentido de acelerar cuanto pueda las operaciones de traslado a la Base Resurrección. No hay día que pase sin tener uno o dos avises en ese sentido.

—Es comprensible, Chester. Parece ser que nuestra situación va empeorando cada vez más; incluso he oído que van a tomar disposiciones excepcionales.

— ¿En qué sentido?

—No lo sé; pero parece ser que el Directorio de Togur va a hacer una declaración en el sentido de dar instrucciones muy precisas sobre lo que cada uno debe hacer.

—Bien, espero que no nos fastidien mucho más esas disposiciones —dijo Harry en tono, un poco tenebroso.

—Así sea.

—Y, hablando de otras cosas, Harry, ¿sabes algo de Tamor?

—Sí. La he visto en estos últimos tiempos alguna vez. En muchas ocasiones es ella la que viene para concretar detalles sobre los distintos aspectos del transporte que hemos organizado.

—Si la ves dale recuerdos míos.

—Ten la seguridad de que lo haré. ¿Hace mucho tiempo que no la ves?

—Más de dos semanas —dijo Chester con un tinte de amargura en la voz...

—Está muy ocupada, ¿sabes? Siempre que ha venido a verme —continuó Harry— ha sido con el tiempo muy justo y contando los segundos.

—Sí, eso me dijo a mí en una breve comunicación que tuvimos por tele-radar hace unos días.

—Paciencia, hermano. Ahora es preciso que todos nos esforcemos en colaborar en esta magna empresa.

—Desde luego, Harry. No hay más remedio que resignarse.

El gesto entristecido de Chester hizo que Harry continuara un poco la conversación sobre aquel tema.

—Entonces, ¿no se trata de una aventura más?

—No, viejo, no. Creo que esta vez me han cazado.

—Pues que sea enhorabuena. Te advierto que Tamor me parece una muchacha deliciosa. Es bonita, comprensiva, inteligente. Creo que te hará feliz.

—Yo estoy seguro, Harry. Espero saberle corresponder.

Los dos amigos, acuciados por la necesidad de dedicarse a sus quehaceres, agotaron rápidamente la conversación y se despidieron con un apretón de manos,

Harry se hizo cargo de las mercancías y trasladó rápidamente la orden a sus ayudantes para que fueran embarcadas en el momento en que hubiera aparatos disponibles para ello.

Los días fueron pasando y aquella gigantesca operación de transporte fue aumentando en intensidad. Harry apenas si tenía tiempo para dormir, viéndose precisado a tomar algunas drogas, aunque inofensivas, pero que le mantenían despierto durante más de veinte horas al día. Por último, llegó una orden del Directorio General. En síntesis, ordenaba lo siguiente: era preciso acelerar en los tres días siguientes el envío de los últimos materiales. Luego de esto la actividad de los aviones quedaría reducida a la mínima indispensable para la protección de Togur contra un posible ataque esporádico de los hombres de Alfa. Asimismo se ordenaba a todos los hombres que no tuvieran una misión concreta que realizar, el evitar cualquier movimiento que fuera ineficaz. Por último, daba

instrucciones precisas para que los hombres bajo el mando de Harry se sometieran en el plazo de unos días a una especialísima operación, consistente en el embadurnamiento de todo el cuerpo con una especial materia aislante.

Esta orden había sido también transmitida a los hombres del pueblo de Togur, e incluso generosamente se había ofrecido a los hombres de Alfa la provisión suficiente de la misma. La entropía había crecido de tal punto que el calor empezaba a ser insoportable y, dentro de breve plazo, iba a ser de consecuencias mortales para los que no tomaran éstas previsiones.

La situación empezó a hacerse más embarazosa. En realidad, podía observarse a un no sé qué que empozaba a dificultar algo los movimientos, de forma que cada uno de estos tenía que realizarse con un esfuerzo superior al normal en un diez por ciento por lo menos.

Después de realizadas todas estas gestiones, Harry volvió a la vida monótona de su Estado Mayor, atento solamente a las patrullas de vigilancia que también habían sido reducidas al mínimo indispensable.

Con frecuencia harto sospechosa volvía a su mente la imagen de la Madre Amak. Recordaba el timbre de su voz, la límpida profundidad de su mirada, la serena regularidad de sus facciones, la magnífica proporción de su cuerpo. A veces, se sorprendía con el pensamiento puesto en esta mujer. De vez en cuando intentaba reaccionar y apartar de su memoria las horas que pasó junto a ella, cuando fueron a ver el lugar localizado por él para instalar la Base Resurrección; pero una y otra vez volvía el recuerdo y Harry se abandonaba con excesiva frecuencia al mismo.

Afortunadamente para Harry, aquella casi inactividad iba a cesar muy pronto.

CAPITULO VIII

CINCO días después de lo relatado anteriormente, el avión de Harry volaba majestuosamente bajo el cielo de Togur.

Por la mañana —aquellas extrañas mañanas de Togur, solamente perceptibles por el horario convenido, y aquella ausencia de un sol que brillara sobre el planeta hacía monótonos los días y las noches— había recibido la visita de Tamor. La linda muchacha mostraba en su cara las huellas de un fatigoso y continuado trabajo. En pocas palabras le había puesto al corriente del deseo de la Madre Amak de que se presentara en el Directorio General. A consecuencia de esto se encontraba en aquellos momentos pilotando su aparato. Junto a sí, en la butaca del copiloto, estaba sentada de nuevo la Madre Amak; también en su rostro podían verse las huellas de un intensísimo trabajo desarrollado sin compasión alguna para el pobre organismo. Detrás iba Tamor y, con ella, los demás miembros de la tripulación del aparato.

—Vuela despacio, Harry —dijo la Madre Amak con una voz que parecía ausente.

Harry disminuyó todo lo posible la velocidad de su avión. Hacía algunos minutos que volaba sobre la ciudad de Togur. Una y otra vez pasaba sobre su cielo y la Madre Amak miraba con ojos profundos y entristecidos aquella gran urbe que aparecía a sus ojos, totalmente desierta y silenciosa.

Los ciudadanos de Togur, así como los de las otras ciudades de este pueblo, habían hecho su aprovisionamiento según las órdenes recibidas y suprimido todo movimiento que no fuera absolutamente necesario. Desde aquel día, ya nadie que no tuviera una autorización especial transitaría por las calles, ni iría a visitar a los amigos, ni realizaría acto alguno que no fueran los indispensables para permanecer vivos.

La entropía iba creciendo por momentos y la Operación Aurora necesitaba todavía algún tiempo para poderse realizar.

En el corazón de la Madre Amak misma existía un interrogante. ¿Llegarían a tiempo para poder poner en práctica la Operación

Aurora? ¿Sería la Operación Aurora realmente eficaz? Pero estos pensamientos los guardaba en lo más profundo de su corazón.

Actor se había quedado encargado de dirigir al pueblo de Togur con la fuerza de su prestigio, mientras la Madre Amak se encargaba de la realización práctica de la Operación Aurora. En aquellos momentos había emprendido el vuelo para dirigirse a la Base Resurrección, pero la Madre Amak había ordenado el vuelo en círculo sobre Togur para impregnar sus ojos con la visión de aquella ciudad querida a la que ya no volvería hasta que la Operación Aurora hubiera sido realizada con éxito o de cualquier manera que fuese no volvería a ver si es que la Operación fracasaba.

Harry comprendía los sentimientos de la Madre Amak y obedecía dócilmente las instrucciones de ella, sin molestarla con sus palabras ni con sus interrogatorios.

Todos en el avión guardaban un respetuoso silencio y encerraban en su corazón la melancolía de abandonar aquella ciudad que quizá ya no volvieran a ver nunca.

—Está bien —dijo la Madre Amak como despertando de un sueño—. Podemos ya dirigirnos hacia la Base Resurrección.

Harry enderezó el vuelo y se lanzó directamente a alcanzar el lugar deseado por la Madre Amak.

Un grupo de hombres esperaba a la Madre Amak, y Harry fue así mismo recibido por quien tenía que indicarle cuál debía ser su nueva residencia, pues su Cuartel General había sido trasladado definitivamente a la base Resurrección.

Algo maravilloso había sucedido desde la última vez que Harry estuvo allí. Lo que era una llanura desértica se encontraba ahora cruzada por un sin fin de calles donde edificios prefabricados albergaban a miles de hombres, dedicados a los más diversos menesteres y que tenían como objetivo poner en práctica la operación pensada por Actor y la Madre Amak. Mas era tal su cansancio que apenas si pudo fijarse en aquellas cosas. Una vez que se hubo hecho cargo de su nuevo Estado Mayor, dio las disposiciones oportunas a sus ayudantes y, por primera vez después de muchos días, se acostó con la intención de dormir todo cuanto fuera posible.

CAPITULO IX

CUANDO despertaron a Harry casi no recordaba donde se encontraba. Preguntó qué hora era y recibió la asombrosa respuesta de que eran las seis de la mañana.

—Nunca hubiera creído que seis horas de sueño produjeran en mí un efecto tan reparador —dijo mientras se desperezaba, sintiéndose plenamente confortado.

—Seis horas de sueño... ¿qué quiere decir eso, jefe?

—Anoche llegamos a la hora treinta —pues treinta horas tenían los días convencionales de Togur—, son las seis de la mañana, he dormido seis horas.

—Eso sería cierto. Jefe —dijo su ayudante con una sonrisa—, si hubieras llegado anoche, pero es el caso que llegaste anteanoche.

— ¿Cómo?

—Sí, Jefe, has estado durmiendo treinta y seis horas.

— ¿Pero cómo diablos no me habéis despertado antes?

—Hemos seguido las instrucciones recibidas.

— ¿Instrucciones? Yo no recuerdo haberlas dado en semejante sentido.

—Han sido instrucciones directas de la Madre Amak. Fue ella la que nos advirtió que no te despertásemos hasta que hubieras reparado las muchas fuerzas y energías gastadas en los últimos días.

Harry, sin saber por qué, se sentía extraordinariamente satisfecho por las palabras que le decía su ayudante. En cierto modo era de agradecer que la Madre Amak se hubiera preocupado de él.

—Está bien. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Todo transcurre normalmente.

—Bien. Di que me preparen el desayuno y a ser posible un baño.

—Ya me tomé la molestia de hacerlo. El baño te está esperando, Jefe, y el desayuno a continuación del mismo.

—Magnífico; entonces voy enseguida.

Harry se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

—He de comunicarte algo, Jefe.

—Dime.

—Tenemos orden de la Madre Amak para que te presentes a ella.

—De acuerdo, de acuerdo; lo haré rápidamente. Puedes comunicárselo así.

El ayudante de Harry salió de la habitación y éste se dirigió hacia el baño. Una hora después se encontraba observando con asombro el maravilloso milagro que era la base Resurrección.

Se encontraba en el Despacho General de la Madre Amak situado en una de las montañas que circundaban la gran llanura donde se había establecido la base Resurrección. A través de las paredes transparentes podía ver con asombro la inmensa torre levantada, los transformadores gigantescos, los grandes laboratorios, en una palabra; todo aquel milagro que habían edificado los hombres de Togur en tan poco espacio de tiempo. Parecía más bien sueño de hadas que una realidad.

Amak, con palabra clara y precisa, iba explicándole el objetivo de cada una de las cosas que allí existían. Harry comprendía perfectamente aun las cosas más complicadas. Aquella mujer hablaba de tal forma que parecía adelantarse a las dificultades de comprensión que pudiera tener y se las hacía sortear con un hábil ejemplo o con una palabra que encerraba un concepto perfectamente asimilable.

—Es extraordinario; completamente asombroso.

—Sí; nuestros hombres de ciencia han realizado con maravillosa rapidez y perfección los planes que Actor y yo hicimos.

—Estoy seguro de que todo irá bien.

—Eso intentamos. Ya sólo tenemos una baza que jugar en esta partida, y esa baza no tiene punto intermedio, será la victoria o quizá la derrota total.

Terminó la Madre Amak con un dejo de tristeza en sus palabras. Por un momento pasó por la mente de Harry la posibilidad de que todo terminara. Pensó que aquella mujer podía dejar de existir en un plazo no muy lejano y un estremecimiento le sacudió la columna vertebral. Realmente aquello era insufrible. Harry se dio cuenta con sorpresa, que lo que más deseaba en el mundo era que ningún daño pudiera sucederle a aquella mujer. En el interior de su corazón sentía una furiosa impotencia por no poder hacer algo que la apartara de aquel peligro. Sentía que su aplomo iba perdiéndose por momentos y se empeñaba en mirar obstinadamente a través de

la pared transparente para no tener que mirar frente a frente a Amak, la cual hubiera descubierto en el fondo de su mirada las emociones que cruzaban su alma.

—Harry... —dijo la Madre Amak.

Harry respondió con un monosílabo al llamamiento.

—Harry... —insistió de nuevo ésta.

Harry apretó los labios y rehuyó la mirada. La Madre Amak pareció que iba a decirle alguna cosa, pero se detuvo.

—No, nada; no tiene importancia, era un detalle.

Luego, continuó su paciente explicación hasta conseguir que Harry tuviera una idea bastante aproximada de lo que iba a suceder.

—Todo eso que ves ahí, tiene por objeto salvar al pueblo de Togur de la muerte termodinámica que le amenaza. La entropía está creciendo tan aceleradamente que no sé si llegaremos a tiempo de poder poner en práctica la Operación Aurora. En síntesis: se trata de hacer funcionar esa gran torre de níquel que puedes ver en el centro de la llanura.

Harry recorrió una vez más con la mirada aquella torre de 500 metros de altura por 150 de base.

—Esa torre —continuó la Madre Amak— es un integrador creado por Actor y perfeccionado por mí.

— ¿Un integrador?

—Sí.

La Madre Amak guardó silencio unos momentos y luego prosiguió:

—Como tú sabes, la materia es lo mismo que la energía, de tal forma que podemos convertir la materia en pura energía como sucede en los procesos de desintegración. Vosotros llegasteis a conocer estos procesos en la Tierra aunque durante mucho tiempo los empleasteis sólo para el mal. Creo que les llamabais bombas atómicas, ¿no es así?

—Eso creo que era —dijo Harry—. Afortunadamente en el tiempo en que yo vivía en la Tierra los hombres habían dejado, hacía ya muchos siglos, de emplear la desintegración del átomo con fines bélicos.

—Pues bien —continuó Amak— la materia puede convertirse en energía. Nosotros, para el planteamiento de la Operación Aurora, partimos del punto contrario, es decir, que el proceso puede ser reversible, o sea: convertir la energía en materia.

Harry aguzó sus sentidos ante la extraordinaria revelación.

—Me parece tremendamente fantástica la idea —se atrevió a

comentar.

—Así es, pero está provista de la más absoluta lógica. Tú sabes, por ejemplo, que si mezclamos oxígeno e hidrógeno en las condiciones y cantidades apropiadas podemos hacer que se fundan para convertirse en agua, por medio del paso de una corriente eléctrica. Este fenómeno tiene su experimento inverso, es decir, podemos también descomponer el agua para convertirla en oxigeno e hidrógeno. Esto era ya elemental en tu planeta muchos miles de años antes de que tú nacieras. Por lo tanto, nosotros hemos llegado a la conclusión de que si existe la posibilidad de convertir la materia en energía, también puede convertirse la energía en materia. Ya sabes que el movimiento puede transformarse en energía calorífica. Esta es precisamente la causa de la dolencia que padece nuestro planeta. La cantidad de movimientos ha ido engendrando calor; el calor se transmite de una a otra molécula, pero cuando todas las moléculas están ya saturadas, digámoslo así, de este calor, ya ninguna es capaz de absorber ninguna partícula más de energía calorífica y eso es lo que se llama entropía. Nuestro planeta está llegando ya al límite de su entropía es decir: las moléculas cada vez aceptan menos cantidad de calor, de forma que el movimiento se va haciendo imposible. Habrás podido observar que en los últimos tiempos te es algo más difícil realizar los movimientos habituales en ti.

—Sí. Es cierto.

—Pues bien; esa torre de níquel que ves ahí es un integrador. Mediante ella pretendemos lanzar a las zonas más altas de nuestra atmósfera una poderosa carga de electrones polarizados que concentrarán íntegra gran parte de la energía calorífica de esa zona, hasta convertirla en un trozo de materia. Al mismo tiempo, esta primera materia concentrada reunirá, actuando como un núcleo, toda la energía calorífica que hoy envuelve a nuestro planeta, construyéndose así un cuerpo que, girando a toda velocidad sobre la superficie de Togur a la altura de escasamente cinco mil metros, saldrá disparado por la fuerza centrífuga hasta una zona más alta, aproximadamente, si nuestros cálculos son exactos, a unos 600.000 kilómetros de distancia, debido a que su velocidad de giro será superior a la fuerza de atracción gravitatoria de Togur. Esta gran masa incandescente adquirirá, a su vez, un movimiento rotatorio y se estacionará como digo a esa distancia para, desde allí, continuar un nuevo y larguísimo ciclo, girando alrededor de Togur.

—Es decir —interrumpió Harry—, como sí se tratara de un

satélite del planeta.

—Efectivamente; así es. Sólo que este satélite tendrá una característica especial, es decir nada común con la Luna que vosotros poseíais en la Tierra.

— ¿Y en qué consiste esa característica?

—En que este satélite tendrá luz propia, pues estará formado de materia incandescente y, en realidad, actuará como un pequeño sol que iluminará la superficie de nuestro planeta.

Harry quedó verdaderamente asombrado por la revelación hecha por la Madre Amak.

—Realmente es maravilloso. El sueño más hermoso que haya podido concebir mente alguna.

Harry había prenunciado estas palabras y sus ojos miraban sin ningún temor ni recato a los ojos profundos de Amak.

—Sí, un bello sueño —murmuró ésta con una voz apenas perceptible y la mirada perdida en el vacío.

—El pueblo de Togur ha dado en llamarle a usted la Madre Amak y, realmente, va a convertirse usted en su madre, pues usted les ha dado nueva vida.

Amak apartó sus ojos en el vacío y los fijó en Harry.

—Ninguna misión más hermosa para una mujer que la de ser madre.

Harry sintió que algunas palabras se precipitaban hacia sus labios e intentó frenarlas.

— ¿Por qué empleas el tratamiento cuando te diriges a mí? —preguntó Amak.

—Es una costumbre de la Tierra.

—Sí. Ya lo sé. Pero también en la Tierra había seres que se tuteaban, ¿no es así, Harry?

—Así es; pero no sucedía esto cuando existían personas de mayor respeto.

—Y... ¿tanto respeto te causo? —dijo la Madre Amak con una maliciosa sonrisa en los labios.

—Yo... Es que... Verá... En realidad...

Harry no conseguía salir de aquel balbuceo incoherente. Los ojos de la Madre Amak se habían iluminado con una sonrisa.

—Di: ¿Qué quieres decirme?

—Pues, en realidad..., no sé...

—Yo sí que lo sé —dijo la Madre Amak poniéndose de pronto seria.

— ¿Que usted lo sabe?

—Sí, Harry. Lo sé hace muchos días. Sé que me quieres.

Aquella revelación turbó totalmente a Harry.

—Yo... Bueno... Usted perdonará, pero a veces el corazón humano...

—No te esfuerces, Harry. Tengo fama de ser inteligente, pero no tanto como para poder leer con absoluta seguridad en el corazón humano. Para conseguir eso es preciso algo más que talento.

Harry no sabía qué contestar.

—Y eso es lo que yo tengo, Harry, es decir, un corazón que sabe interpretar al tuyo.

— ¿Qué quiere decir?

—Eso simplemente —dijo la Madre Amak con una dulce sonrisa —, que yo también te quiero, Harry.

Harry no pudo contenerse y la estrechó entre sus brazos fuertemente.

—Amak... Amak. Te quiero.

Los labios de la Madre Amak impidieron que Harry continuara hablando.

Durante un tiempo que Harry no pudo precisar, transportado por las emociones de aquel momento, permanecieron estrechamente abrazados. Luego, la Madre Amak se fue apartando dulcemente. Se acercó a la pared transparente que dominaba la gran llanura donde estaba instalada la base Resurrección y Harry fue a su lado.

—Bien, Harry. Ya sé que en la Tierra no era costumbre que las mujeres hicieran tan fácil la labor a su galán, ¿no es así?

— ¡Vive el cielo! Nefasta costumbre si es que así era —contestó Harry en el colmo de su gozo.

—Hace muchos días que lo sé, Harry... y hace muchos días que te amo. He pensado que disponemos de muy poco tiempo. Quizá nuestra vida apenas dure ya unas semanas. No he querido, pues, que lo perdiéramos más. ¿No te parece?

—Eres el ser más encantador que he conocido, Amak.

—Cuando accedí a sumergirme en la vida latente durante miles de años tuve que renunciar al amor, Harry. Por eso ahora no quiero volver a renunciar a él. El Destino del pueblo de Togur depende de esta operación. Con él nos perderemos o con él nos salvaremos. Si Dios nos da la victoria construiremos nuestro hogar y quizá, entonces, pueda ser realmente madre.

Harry pasó delicadamente su brazo por la cintura de Amak y, así, permanecieron los dos seres durante largo tiempo.

CAPITULO X

LOS días comenzaron a sucederse con vertiginosa rapidez. Harry estaba emocionado y contento, a pesar del negro panorama que se entreveía para un futuro próximo. Para colmo de satisfacción, Chester había sido enviado a la base Resurrección en la última expedición que había salido de Togur. Actor había decidido que se encargara de la dirección de todo el personal auxiliar de Resurrección.

La noticia no sólo había llenado de satisfacción a Harry, sino también a Tamor, que hacía días que se encontraba taciturna y entristecida por la ausencia del hombre a quien había decidido entregar su destino. Sin embargo, estas satisfacciones se encontraban veladas por infinidad de problemas.

Harry, como jefe supremo de la vigilancia de Resurrección, albergaba les máximos temores. Según le había dicho Amak, el pueblo de Alfa había aceptado en casi su totalidad la proposición hecha por Actor y la oferta del revestimiento para protegerse contra el terrible aumento de temperatura que se había iniciado. El pueblo que vivía bajo la superficie del planeta comprendía que no tenía otra salida que la de no entorpecer la Operación Aurora, Pero algunos grupos de hombres de Alfa, esparcidos por la superficie, ebrios de soberbia y odio, estaban intentando por todos los medios a su alcance poner todas las trabas posibles a la realización de este magnífico proyecto, en un deseo suicida de terminar con la existencia de Togur.

Al mismo tiempo, las posibilidades de ejercer una vigilancia eficaz sobre la base Resurrección había disminuido considerablemente. La entropía iba creciendo de punto y Harry apenas si podía disponer de media docena de aparatos para el servicio normal de vigilancia. El ejército de tierra había sido eliminado casi totalmente y sus hombres permanecían en los campamentos sin salir de sus cuarteles y escatimando todo movimiento. Sólo un pequeño grupo, que mandaba Chester, había sido distribuido alrededor de la base Resurrección como elemento

más eficaz de vigilancia.

Todo esto pesaba en el ánimo de Harry, el cual veía mermadas las posibilidades de éxito de la Operación Aurora. Así y todo, los trabajos siguieron adelante, rodeados cada vez de mayores dificultades.

Un día, ya casi finalizados los trabajos, la Madre Amak asesorada por los grupos más distinguidos de sabios que colaboraban en la Operación Aurora, tuvo que dictar una nueva y desesperanzadora orden: el ochenta por cien del personal de la base Resurrección tenía que recluirse en su alojamiento, al objeto de ahorrar la mayor cantidad de movimientos. La entropía había crecido a tal punto que apenas si quedaban unos días de tiempo para que fuera total y, con ello, terminara toda la vida en Togur.

En estas condiciones siguieron desarrollándose las tareas de la base Resurrección; apenas si pedía verse a algunos trabajadores dedicados a las tareas más importantes. Todos los trabajos fueron detenidos, excepto los que se referían a la puesta en marcha del inmenso integrador que se levantaba en el centro de Resurrección. Sólo los pequeños vehículos terrestres de la Madre Amak y Harry estaban autorizados para circular por las calles y éstos lo hacían solamente en casos de extrema necesidad.

Por fin, pareció estar todo dispuesto para poner en práctica la Operación Aurora. El grupo de científicos que capitaneaba la Madre Amak se había reunido en el Cuartel General de Harry para tomar las últimas decisiones. En aquellos momentos tenía la Madre Amak la palabra:

—Podemos decir que los preparativos para la Operación Aurora están prácticamente terminados. Según los informes de cada uno de vosotros, en las distintas secciones se han terminado las tareas y ya sólo falta realizar esta operación.

—Aunque todos trabajamos con ahínco en las respectivas tareas que se nos asignaron, el momento de poner en marcha la Operación Aurora sigue siendo todavía un verdadero problema —dijo el físico Damar—. La complicadísima manipulación del integrador está por encima de los reflejos y capacidad mental de cualquiera de nosotros.

—Ya lo sé —dijo la Madre Amak—; pero ha sido imposible simplificar más el procedimiento. Yo seré quien accione el integrador. Todas las operaciones matemáticas que hay que realizar mentalmente, al mismo tiempo que se manejan los instrumentos, han sido grabadas profundamente en mi memoria y otras, las que hay que improvisar durante el desarrollo de la

operación, encajan perfectamente dentro de mi constitución mental.

—De eso estamos seguros —continuó Damar—. Lo único que quiero expresar es mi sentimiento por no poder colaborar en ese momento crucial. Tanto mis colegas como yo hemos hecho un análisis profundo de la situación y de nuestras propias posibilidades y hemos llegado a la conclusión de que sólo el cerebro privilegiado de Actor o el tuyo, Amak, son capaces de realizar este prodigio. Así, hemos creído conveniente aconsejar que todos nosotros, una vez acabada definitivamente nuestra misión, debamos recluirnos en nuestro domicilio al igual que la mayoría de los seres que pueblan la base Resurrección. Este pequeño ahorro de movimiento puede ser altamente provechoso en los últimos instantes.

—Bien pensado es así —contestó la Madre Amak— Por lo tanto, esta reunión tiene por objeto que se lleven a cabo los últimos preparativos y agradeceros a todos vuestra leal y sincera colaboración.

Unos segundos después quedó levantada la sesión. El grupo de científicos, hombres y mujeres, que había acudido a la misma, se despidieron emocionados de la Madre Amak, a quien cabía la responsabilidad del último acto de aquella tragedia.

—Espero —fue la despedida de ésta— que nos volveremos a ver todos para celebrar la victoria.

Aquel grupo de seres fue desfilando hacia sus puestos de trabajo, mientras que una lágrima emocionada asomaba en los ojos de algunos.

—Bueno, Amak, y ¿qué es lo que debo hacer yo?

—A ti te necesito, Harry. La vigilancia ha quedado reducida al mínimo. Los hombres de Chester yacen en sus campamentos, sin apenas hacer otro movimiento que el respiratorio. A todos se les ha suministrado la droga necesaria para que puedan soportar su inmovilidad indefinidamente. Sólo en el caso de verdadero apuro se pondrían en acción. Por lo tanto, tú eres el único que tiene autorización para moverse libremente.

La Madre Amak se detuvo unos segundos y, luego, continuó con un tono emocionado en la voz:

—Además, te he de decir una cosa, Harry... ¡tengo miedo! La gran responsabilidad que pesa sobre mis hombros es demasiada carga para mí. Necesito que estés a mi lado, que me alientes en los últimos momentos, y si éstos han de ser fatales quiero estar cerca de ti.

Harry la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

—No temas, todo irá bien y ten la seguridad de que yo estaré a

tu lado.

—Bien —dijo la Madre Amak reaccionando—. Es preciso que tome algunas decisiones.

—Ordena lo que quieras y serás servida.

—En primer lugar, la Operación Aurora se realizará mañana a las dieciocho horas.

—De acuerdo. Iremos juntos al Integrador y, aunque solo sea para estar a tu lado, te acompañaré.

—Me parece muy bien, Harry. Ahora tengo qué desplazarme a las montañas de la zona Oriental, donde está instalado el condensador de electrones polarizados. Desde allí daré el paso de la corriente al integrador y mañana todo estará dispuesto para la operación.

—Entonces voy por un vehículo y te llevaré allí.

—No. Iré acompañada por Tamor. Es preciso que tú te quedes en Resurrección para evitar cualquier contingencia que pudiera presentarse. Algunos de los trabajadores de la base están muy nerviosos y es preciso que alguien se preocupe de infundirles aliento, si llegan a perder el control de sus nervios. Yo estaré ausente sólo una hora.

—Pero ahora no te puedo dejar ir sola —dijo tercamente Harry —. Precisamente en el momento más decisivo, es cuando más debe establecerse la vigilancia sobre tu persona.

—Haremos una cosa. Yo iré en mi coche con Tamor, y algunos hombres de tu confianza pueden seguirme en el tuyo. ¿Te parece bien?

Harry aceptó resignadamente aquella solución, luego, llamó a tres de sus auxiliares que se habían distinguido especialmente por su sangre fría y arrojo. Cuando estos estuvieron en su presencia les puso al corriente de lo que pretendía.

—Muchachos: están llegando los momentos más decisivos para nuestro pueblo. La Madre Amak tiene que realizar un corto viaje al extremo oriental de Resurrección. Por razones que hemos discutido, yo debo quedarme aquí; vosotros le serviréis de escolta. No creo preciso deciros cuán importante es que este pequeño viaje se realice con toda normalidad.

Los tres hombres quedaron de acuerdo y, a una indicación de Amak, salieron en su compañía junto con Tamor, a ocupar los vehículos que se encontraban en la puerta; partiendo rápidamente hacia donde se encontraba situado el condensador de electrones polarizados.

CAPITULO XI

EL vehículo que transportaba a la Madre Amak, cruzaba raudamente las calles de Resurrección. Doscientos metros delante iba el coche con la guardia especial preparada por Harry.

Amak y Tamor, guardaban el más absoluto silencio tal vez impresionadas por el desolador panorama que se extendía a su vista.

La gran llanura donde se había establecido la base Resurrección aparecía completamente desierta; lo que era un hervidero de gente y actividad unos días antes era ahora como un inmenso cementerio donde no se veía el menor movimiento.

Durante unos minutos, atravesaron las calles de Resurrección hasta enfocar una pequeña carretera que conducía a las montañas de la parte oriental de la Base situadas a unos diez y ocho kilómetros de distancia. Allí, se había establecido el gran condensador de electrones polarizados, cuya carga, transmitida por conducto subterráneo, iba a ser lanzada luego a las alturas por la torre integradora.

Amak iba sumida en sus profundos pensamientos mientras Tamor, percatada de la grave situación, guardaba un respetuoso silencio.

Los dos coches terrestres avanzaban casi al máximo de velocidad posible. A pesar de que los motores desarrollaban una gran fuerza, el avance no era todo lo rápido que pudiera esperarse. Los efectos de la entropía iban extendiéndose de tal modo que ya resultaba una dificultad notable el conseguir desarrollar cualquier tipo de movimiento.

Fue Amak la primera en romper el silencio.

— ¿En qué piensas, Tamor?

— ¿Yo? No sé. Estoy pensando en muchas cosas. Me acuerdo de cosas de mi infancia y de cosas muy recientes. Todas se mezclan en mi cabeza en una baraúnda diabólica.

—Sí, éste es el momento de pensar; de remontarse hacia el pasado y de intentar adivinar lo que sucederá en el futuro próximo

—dijo Amak.

—Sobre todo —dijo Tamor con un dejo de tristeza en la voz—, pienso en las muchas posibilidades que quizá no lleguen a realizarse nunca.

— ¿Estás enamorada, verdad?

—Sí, estoy enamorada.

— ¿Chester?

—Sí, Chester. El hombre ese que todas las muchachas hemos soñado en encontrar alguna vez.

—Me parece excelente —confirmó la Madre Amak—, esos terrestres son seres magníficos. Sus conocimientos científicos están limitados debido al poco desarrollo de su civilización; pero su corazón y su empuje son extraordinarios.

Tamor miró largamente a la Madre Amak. Durante todo el tiempo que había pasado con ella a su servicio, apenas si se había detenido a pensar en aquella mujer. La leyenda que la aureolaba, el hecho extraordinario de su existencia, su gran capacidad mental, habían hecho que Tamor la situara por encima de los seres mortales. Sin embargo, en aquel momento encontraba en su voz y en su mirada, un aire tan profundamente humano que sintió que le llegaba al corazón mismo.

— ¡Pronto sabremos a qué atenernos!, ¿no es así, Madre Amak?

Amak miró a Tamor con un gesto de ternura.

—Tú también me llamas Madre Amak.

—Bueno; es ya la costumbre. De niña, en el colegio, ya nos enseñaron a llamarla así.

—Es un título que me honra; pero quiero en estos momentos ser para ti sólo amiga, una amiga tuya; quizás la última amiga —dijo Amak con tristeza—. Es preciso reaccionar, no es posible tener ese estado de ánimo, Tamor.

—En otros momentos me hubiera importado menos atravesar la terrible situación que nos espera.

—Ya comprendo. El amor da más ganas de vivir ¿verdad, Tamor?

—Es —dijo Tamor— como estar buscando algo toda la vida, cuando recién se ha encontrado ya...

—Sí, está bien expresado, Tamor; así es, tener que abandonar lo que tanto se ha deseado encontrar.

—En otras circunstancias no me hubiera atrevido a preguntarte, Amak, pero también tú estás enamorada, ¿no es así?

—Sí, también lo estoy.

Las dos mujeres guardaron un silencio después de estas palabras mientras los coches se dirigían con toda la potencia de los motores hacia el objetivo deseado.

Mientras las dos mujeres se sumían de nuevo en la profundidad de sus pensamientos, otros seres permanecían alertas y vigilantes apostados a ambos lados de la carretera, y a unos seis kilómetros del lugar al que se dirigía la Madre Amak, un grupo de hombres esperaba.

— ¿Estás seguro de que vienen hacia acá?

—Sí —dijo el interpelado—, los dos hombres que hemos conseguido introducir en la base Resurrección nos han informado de la salida de los dos coches.

— ¿Y vienen solas?

—No, las precede un coche donde van tres hombres de protección.

—Ha llegado la hora de nuestra revancha.

El que así hablaba mostraba en sus ojos la pincelada indudable de la demencia; su odio, su furia era algo que se reflejaba en toda la contextura de su cara.

—Yo creo, Gran Nicrón, que si lo conseguimos podremos dominar el planeta.

—Sería la hora más feliz de mi vida —dijo Nicrón, pues no era otro el aludido—. Los traidores que pueblan las entrañas de Togur han aceptado el pacto que les ha brindado Actor. También para ellos habrá su castigo —dijo Nicrón con un relámpago feroz en la mirada.

Uno de los hombres allí apostados dio una voz de alarma:

— ¡Se aproximan hacia aquí!

— ¡Pronto, todos a vuestros puestos! —ordenó Nicrón—. Tened buen cuidado en no herir a la Madre Amak. Eliminad la guardia que llevan delante y procurad coger viva a la Madre Amak.

Los segundos fueron pasando angustiosamente. Mientras tanto la pequeña expedición seguía confiada su marcha y de pronto Amak levantó los ojos y vio que algo sucedía delante. En medio de la pequeña carretera habían aparecido dos hombres. El coche de la escolta intentó frenar bruscamente pero los dos hombres que interceptaban el paso hicieron accionar sus armas. Un halo de mortífera luz verde se desprendió de una especie de linternas que llevaban en las manos. Igual que las volutas de humo de un cigarrillo aquellos círculos verdes se dirigieron a gran velocidad hacia el coche de la escolta. Uno de los tres hombres destinados por Harry para proteger a la Madre Amak, había conseguido saltar

del coche y rápidamente disparó su arma. De los dos extraños personajes que interceptaban la carretera, cayó uno herido alcanzado por el certero disparo del hombre de Togur; pero su acción había sido tardía. Aquel círculo de luz verde chocó contra el auto de la escolta y un segundo después lo convertía en un montón informe de hierros humeantes y puestos casi al rojo vivo.

La acción había sido tan rápida que el coche de la Madre Amak apenas si tuvo tiempo de frenar para no estrellarse contra aquel montón informe de ruinas.

En este preciso instante, diez o doce hombres ocultos en las cunetas de la carretera, se hicieron visibles y rodearon el coche de la Madre Amak apuntando a ésta con sus armas. Tamor intentó echar mano a un arma corta que guardaba en el bolsillo; pero la Madre Amak la detuvo con un gesto.

—No, Tamor. No podríamos hacer nada.

—Son hombres de Alfa —dijo Tamor—. Los reconozco por sus trajes.

—Ya lo sé, Tamor; pero es conveniente conservar la serenidad.

Desde su escondite, salió el Gran Nicrón y se dirigió hacia el coche de la Madre Amak.

—Salid de ahí.

Amak y Tamor obedecieron.

Uno de los hombres del Gran Nicrón dirigió sus armas hacia el chófer del vehículo. Este dejó el volante y salió al exterior.

—No quiero otros prisioneros que estas mujeres —dijo Nicrón.

El hombre de Alfa disparó su arma y el chófer cayó fulminado al suelo como herido por un rayo.

— ¿Puedo saber qué es esto? —dijo la Madre Amak con gran entereza.

—No soy partidario de perder mucho tiempo —contestó el Gran Nicrón—. Desde este momento eres mi prisionera.

—Debes estar loco —repuso valientemente Amak—. ¿Qué puedes pretender haciéndome prisionera?

—Conocerás mis planes más tarde, Amak.

—Sabes que la vida del planeta está en peligro. Apenas si quedan tres días de tiempo para intentar salvarlo. ¿Pretendes evitarlo? Te condenarías tú mismo a muerte.

El Gran Nicrón sonrió con risa feroz.

—Eres muy inteligente, Madre Amak, pero yo te demostraré que no es cierto cuanto dices.

Dio una orden a sus hombres y se acercaron hacia las dos mujeres.

Tamor no pudo contenerse y se lanzó contra el que estaba más próximo. Un fuerte golpe la derribó en el suelo. La Madre Amak se volvió airada y estaba a punto ya de increpar a aquel forajido, cuando a una señal de Nicrón otro de sus hombres apretó un resorte de una pequeña linterna que llevaba en la mano, y un haz de luz, tenuemente amarilla, inundó a las dos mujeres. Un segundo después ambas yacían sin conocimiento en el suelo.

—Pronto —dijo el Gran Nicrón—. Quizá han estado observándonos desde Resurrección. Metedlas en el coche y rápido hacia nuestro refugio.

Dos de los hombres cogieron a Tamor y a la Madre Amak y las depositaron en la parte trasera del coche, luego uno de ellos se puso al volante y el Gran Nicrón se sentó a su lado. Un segundo después partía el coche velozmente hacia el refugio del hombre de Alfa.

CAPITULO XII

DURANTE varias horas, Harry se absorbió en su trabajo. Había multitud de pequeños detalles que resolver. De vez en cuando miraba hacia las calles de la ciudad de Resurrección, en espera de ver llegar los coches que transportaban a la Madre Amak y su escolta. Pero el tiempo fue pasando y no pudo divisar ni rastro de los mismos. Dejó pasar algún tiempo más y comenzó a ponerse nervioso, temiendo lo peor.

—Según los propósitos de la Madre Amak debían haber vuelto hacía más de dos horas. ¿Qué podía haber sucedido?

Miró nuevamente la pequeña ciudad que se extendía a sus pies y de nuevo la soledad más angustiosa se mostró ante sus ojos. Harry era incapaz de contener sus nervios por más tiempo. Con paso ligero se dirigió hacia el ascensor que había quedado de servicio en su Cuartel General. Rápidamente llegó a la azotea del edificio y desde allí divisó a lo lejos la pequeña carretera que se introducía sinuosamente entre las montañas del sector oriental. La solitaria visión de aquella le atenazó el corazón aumentando su angustia. ¿Qué podía haber sucedido? Sobre todo le parecía sorprendente que si la Madre Amak había tenido que retrasarse no hubiera comunicado con él. Durante más de una hora permaneció en su atalaya esperando ver de un momento a otro la aparición de los dos automóviles. Pero su espera fue infructuosa. Por último, tomó una decisión. Con paso rápido descendió a las calles de Resurrección. Cada vez sentía más dificultad en sus movimientos; pero haciendo acopio de energía intentó imprimir a su marcha la velocidad que su nerviosismo requería.

La soledad de las calles, el silencio de las casas, donde sus habitantes dormían en sueño casi hipnótico, eran elementos que acrecentaban su angustia. Hubiera querido hablar con alguien, pedir algún consejo, discutir la situación; pero sabía que era inútil. De nada serviría acercarse a ninguno de los seres que poblaban Resurrección, pues cualquiera de ellos forzosamente tenía que saber menos que él mismo.

Aunque la marcha le fatigaba en extremo, por el gran esfuerzo que tenía que realizar, intentó acelerar su paso. Después de más de media hora de marcha, divisó a unos quinientos metros de distancia el Cuartel General de Chester. Con la fuerza que le daba la desesperación aceleró todavía más su paso, y luego de algunos minutos se encontró en el Cuartel General de su amigo.

También allí reinaba el más absoluto silencio. Entró por las habitaciones que servían de despacho encontrándolas en la más absoluta soledad. Durante unos minutos vagó por el interior del edificio. Por fin subió por una escalera hacia la planta superior en la esperanza de que allí estuvieran situados los dormitorios. Así fue. Abrió varias habitaciones y vio en ellas a los hombres del Estado Mayor de Chester convenientemente acostados y sumidos en una especie de letargo, producido por la droga que había ingerido para hacer más soportable su situación. Por último, al abrir una puerta, encontró a Chester acostado en la cama. Con paso rápido se dirigió a él.

Lo zarandeó poro fue inútil. Por último, se dirigió hacia las dependencias de la casa y pudo encontrar un poco de agua. Volvió a la habitación de Chester y la arrojó sobre su cara. Este comenzó a dar señales de vida. Nuevamente lo sacudió y, por fin, Chester salió de aquel sopor en que estaba sumido.

— ¿Qué demonios pasa aquí? ¿Quién se atreve a...? ¡Pero Harry!

La presencia de su amigo y su cara descompuesta sirvieron para despejar las últimas brumas cerebrales de Chester.

— ¡Pero, viejo, qué sucede! ¿Sucede algo?

—Sí, Chester. He de hablarte.

—Di. ¿Se ha ido todo al traste?

—No sé; de eso quería hablarte.

Harry hizo una somera explicación de lo que había sucedido últimamente y de lo incomprensible de la tardanza de Amak y Tamor en regresar.

— ¡Demonios, eso tiene mal aspecto! ¿Qué crees que puede haber sucedido?

—Estoy temiéndome lo peor. Quizás han caído en una emboscada de los hombres de Alfa.

—Pero piensa, Harry, que eso no es probable. Sabes que esos hombres están corroídos por el odio. Son capaces de haber intentado cualquier cosa, pero una cosa así les perjudicaría a ellos sobremanera.

Chester se sumió durante unos segundos en profunda

meditación, intentando encontrar una explicación lógica a la tardanza de las dos mujeres.

— ¿Y te dijo que volvería hace tres horas?

—Sí —dijo Harry.

—Bueno. Puede haberse entretenido con algún detalle.

— ¿Pero no comprendes que si se hubiera entretenido me hubiera avisado?

Sí, eso es natural. ¿Y qué quieres que hagamos?

—Estoy perdiendo la serenidad. Ya sabes que depende de la Madre Amak la vida de este planeta.

—Sí, sí desde luego. Además, ¿dices que Tamor iba con ella?

—Sí, iban las dos juntas.

—Desde luego es preciso hacer algo, Harry.

—Es preciso hacer algo, ¿pero qué?

—No sé. Me encuentro completamente desorientado.

— ¿Qué te parece si fuéramos hasta el condensador de electrones polarizados? Quizá allí encontremos la solución al enigma.

—Sí, Chester, esa es una gestión que debemos hacer. Vámonos, pues.

Los dos amigos salieron a la calle.

—Creo, Chester, que debamos tomar un vehículo.

—Sí. En este caso lo encuentro perfectamente justificado.

Con paso enérgico se dirigieron hacia las cocheras donde habían sido guardados todos los vehículos terrestres excepto los utilizados por Harry y la Madre Amak. Durante varios minutos continuaren su camino sin cruzar una palabra. Por fin, una vez llegados a su destino, ocuparon rápidamente uno de los coches y puesto en marcha salió disparado en la dirección de las montañas orientales de Resurrección.

Durante el camino, los dos amigos miraban con ojos inquisitivos todos los rincones posibles. Por fin, encontraron el montón de escombros humeantes en que había sido convertido el auto que escoltaba a la Madre Amak.

Harry paró bruscamente su coche y ambos se dirigieron hacia aquel montón de ruinas.

— ¿Lo ves, lo ves, Chester? Algo ha sucedido.

—Sí, es verdad, caramba. Esos canallas son capaces de...

Harry escarbó entre aquel amasijo de hierros retorcidos y a medio fundir. Por fin, dio con el cuerpo carbonizado de uno de los ocupantes del coche.

Un examen minucioso le hizo identificarlo. Se trataba de uno de

los tres hombres que él había enviado como escolta de la Madre Amak.

—SI. Parece ser el coche de la guardia —dijo en voz alta.

—Este otro pobre desdichado que hay en la carretera —replicó Chester— debe ser también uno de tus hombres. Me parece que se trata...

—Debe ser Armak.

—Entonces, ¿qué crees que ha pasado, Harry?

—La cosa está clara: han sido asaltados por hombres de Alfa que han puesto fuera de combate a los hombres de la escolta.

—Bueno; pero no hay ni huella del otro coche.

—Deben haberlas hecho prisioneras.

—Eso lo explicaría todo.

—Y han aprovechado precisamente el coche de Amak para llevarlas a su guarida.

— ¿Te parece que continuemos hasta el condensador de electrones?

Los dos amigos tomaron asiento en el coche y rápidamente se dirigieron hacia el sitio propuesto por Chester. Cuando llegaron sus sospechas se confirmaron plenamente. El personal de servicio se encontraba en la misma situación que todos los hombres de la base Resurrección. Costó un gran esfuerzo hacer reaccionar al encargado del condensador.

Un breve interrogatorio les convenció de que las dos mujeres no habían estado allí.

Durante unos minutos se quedaron anonadados los dos hombres. El abatimiento pesaba sobre sus hombros con invencible peso.

— ¿Qué hacemos, Harry?

—No sé, Chester. No tengo ni la menor idea de cuál es la dirección que deben seguir nuestras investigaciones; pero desde luego algo tenemos que hacer.

— ¿Qué te parece si continuamos la búsqueda por la prolongación de la carretera?

—Bien, vamos allá.

Cuando llegaron al final de la misma pudieron divisar el coche que había transportado a Amak y Tamor. Con ansiedad febril se dirigieron hacia él, pero estaba vacío.

—Hasta aquí han llegado, peo cualquiera es capaz de encontrarlos en ese laberinto de montañas.

Los dos amigos miraban con rabia contenida hacia aquella abrupta orografía que tan perfectamente pudiera esconder a unos

cuantos seres.

—Creo que lo mejor será hacer una inspección profunda en avión.

—De acuerdo, Harry, volvamos a Resurrección y tomemos uno de los aparatos.

Volvieron a montar en su automóvil y con toda la potencia del motor se dirigieron hacia Resurrección.

CAPITULO XIII

CUANDO Amak abrió los ojos se encontró tumbada en el suelo. Una sensación general de malestar la invadía por completo. Sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad y pudo percatarse de que se encontraba al parecer en una especie de cueva. Alguien cerca de ella respiraba acompasadamente. Se volvió y vio que Tamor se encontraba a su lado en estado inconsciente. Por un momento temió que la muchacha se encontrara herida. Se acercó a ella y le dio la vuelta. No presentaba señal alguna que indicara un estado de gravedad. Con unas leves palmadas en las mejillas consiguió despertarla.

—Tamor, Tamor. ¿Te sucede algo?

— ¿Qué ha sucedido? —dijo la muchacha entre las brumas de la inconsciencia de la cual acababa de retornar.

—Yo soy, Amak, Tamor.

La muchacha dio un pequeño grito.

— ¡Ya recuerdo! ¡Hemos sido hechas prisioneras! ¿Dónde estamos?

—No lo sé, Tamor. Al parecer nos han trasladado a alguna cueva de las montañas próximas al lugar de nuestro rapto.

Las dos mujeres se abrazaron en la semioscuridad en un inútil gesto de defensa mutua.

Amak tuvo una rara sensación y se volvió de pronto. Cerca de las dos se encontraba un hombre. Sus ojos ligeramente fosforescentes lo delataban muy a las claras. Se trataba de un hombre de Alfa.

— ¿Dónde estamos? —preguntó la Madre Amak en tono imperativo.

—Sois huéspedes del Gran Nicrón —respondió el hombre con acento de burla.

—Es una insensatez esto que estáis haciendo —repuso la Madre Amak—. Quiero hablar inmediatamente con tu jefe.

—Todo llegará a su tiempo —contestó el hombre secamente.

Las dos mujeres se apartaron hacia el fondo de la pequeña

cueva y sentadas en el suelo apoyaron la espalda en la pared en una espera angustiosa. El tiempo fue pasando y la sorda desesperación que invadía a las dos mujeres apenas si podía ser contenida en un extraordinario esfuerzo por conservar la serenidad. Por fin algo vino a romper la monotonía de aquella esfera. Cuatro hombres penetraron por la boca de la cueva y se dirigieron hacia su compañero.

—El Gran Nicrón ordena que llevemos a las prisioneras a su presencia.

Inmediatamente fueron conminadas las dos mujeres para que siguieran a aquellos individuos.

— ¿Qué sucederá si nos negamos? —dijo Amak.

—Tenemos muchos procedimientos para conseguir que nos acompañéis —respondió el que parecía mandar aquel pequeño grupo.

Tamor se puso de pie indignada apostrofándolo.

—Sois una partida de desalmados. Os advierto que a nada bueno puede conduciros la actitud que habéis adoptado.

El jefe del grupo enfocó con su linterna a Tamor de modo que estaba bañada por el haz de luz.

— ¡Vaya! Eres una linda fierecilla. Te aseguro que soy especialista en domar fieras como tú.

Los demás hombres rieron la gracia de su jefe con una grosera carcajada. Luego, éste continuó:

—No voy a tener más contemplaciones. Por vuestra propia voluntad habéis de venir u os sacaremos a la fuerza.

Amak se puso de pie y decidió obedecer la orden de aquellos hombres pues de nada les hubiera servido hacer ninguna resistencia.

—Bien, vamos a ver a nuestro jefe…

La pequeña comitiva se puso en camino y unos segundos después abandonaba la cueva.

Por un camino natural abierto por las lluvias fueron descendiendo la ladera de la montaña hasta llegar a un pequeño valle, donde pudieron percatarse de la presencia de algunos centenares de seres. Indudablemente se trataba del campamento provisional del Gran Nicrón.

El hombre que mandaba la escolta dio orden de detenerse y él se adelantó unos pasos. Amak pudo distinguir claramente la voz de Nicrón que decía:

—Sí. Tráelas a mi presencia.

Unos segundos después se encontraban ante aquel maligno ser.

—Espero que no habréis encontrado demasiado incómoda la habitación que se os ha destinado.

A la pálida luz que era la característica constante de aquel planeta, la Madre Amak vio aquel ser rodeado por algunos de sus secuaces y la expresión de su rostro le hizo perder toda esperanza de conmoverlo.

—Tus palabras muestran lo grosero de tu espíritu —replicó altivamente la Madre Amak.

— ¡Vaya! Veo que todavía no te has percatado bien de la situación en que te encuentras. ¿Sabes que eres mi prisionera?

—De ello tengo pruebas evidentes. Pero ten la seguridad de que sólo eso seré para ti, tu prisionera. No esperes que colabore en ninguno de tus maquiavélicos planes.

—Bueno; eso es algo que tenemos que discutir tú y yo.

—Entre nosotros está todo discutido.

—Mira, Amak. Parece que no entiendes la situación.

—El que no la entiende eres tú, Nicrón. De nada te han de valer tus argucias. Supongo que sabes que a nuestro planeta le quedan apenas tres días de existencia, ¿o es que acaso piensas tú resolver la situación?

—Sí, Amak, pienso resolverla, claro que con tu ayuda.

—Quisiera saber cómo vas a conseguir que yo te ayude.

—Es muy sencillo, Amak. Como tú has dicho muy bien, al planeta Togur le quedan apenas tres días de vida. Si realmente ha de tener éxito la Operación Aurora, que tú has conseguido, el planeta Togur te necesita y tú puedes salvarlo.

Las palabras de Nicrón confundieron por unos momentos a Amak. ¿Qué quería decir aquel hombre?

—Mis propósitos son muy sencillos —dijo Nicrón con un dejo enfático en la voz—. Quiero que realices esa operación.

—No concuerdan tus palabras con tus actos, Nicrón. El brutal acto que has cometido al hacernos prisioneras, dificulta extraordinariamente el que la Operación Aurora se pueda llevar a cabo tal como ha sido concebida.

—Es una dificultad fácil de salvar. Todavía tenemos tres días por delante para ponerla en práctica. Nos encontramos relativamente cerca de la base Resurrección. Si accedes a mis deseos todo puede salir perfectamente.

— ¿Y cuáles son tus deseos?

La voz de Nicrón se tornó hosca y amenazadora.

— Quiero destruir a los hombres que dirigen Togur.

—No comprendo cómo lo vas a conseguir, Nicrón —dijo Tamor

—. Apenas si dispones de quinientos hombres. El resto del pueblo de Alfa ha aceptado las condiciones de Actor y aspira a liberarse en un futuro no muy lejano de las desdichadas taras que pesan sobre él.

—Sí; cuento con pocos hombres, pero olvidas que es tengo prisioneras.

— ¿Y qué piensas hacer, Nicrón? —intervino la Madre Amak.

—El plan es muy sencillo, tan sencillo que a sólo a un genio como yo se le puede haber ocurrido.

—Dirás diablo como tú —contestó Amak.

—Bien. Genio o diablo es casi lo mismo. Dos de mis hombres irán hacia la base Resurrección Allí comunicarán que eres nuestra prisionera y si quieren que la Operación Aurora se realice ha de ser sobre la base de entregar todo el poder de Togur en mis manos.

—Eso que tú dices es una locura.

—Quizás lo sea, pero es la única solución posible para ti y tu maldita raza.

— ¿Y si me niego a ello?

—Si te niegas, dentro de tres días Togur habrá dejado de existir como un planeta vivo.

—Pero también tú y tus hombres dejaréis de existir.

—No me importa —rugió Nicrón—. La lucha que empezamos contra el pueblo de Togur era a muerte. Esta es la última batalla y tanto yo como mis hombres no queremos otra alternativa que la victoria o la muerte.

Amak guardó silencio horrorizada por las palabras de aquel hombre. En su conciencia se iba perfilando claramente el problema: el astuto Nicrón había hecho una jugada verdaderamente diabólica, de ella dependía que todos los seres que poblaban Togur siguieran existiendo, en el caso de que la Operación Aurora diera el resultado apetecido.

Nicrón tomó la palabra de nuevo y como si leyera el pensamiento de Amak le dijo:

—En tus manos está. Tú y sólo tú puedes dar la vida o la muerte a los hombres de Togur. ¿Qué es lo que decides?

—No sé. No puedo tomar un decisión —dijo Amak para ganar tiempo, aunque estaba convencida de que tendría que acceder a los deseos de aquel hombre.

—No podemos perder tiempo. Tienes que decidirte.

— ¿Y si accedo a tus deseos?

—Eso es cosa mía.

—Pero debo saber qué vas a hacer con los hombres que dirigen

los destinos de Togur.

— ¿Qué crees que puede hacer un jefe victorioso con sus odiosos enemigos?

—Entonces me negaré a obedecerte.

—Piénsalo bien, Amak. Es simplemente la vida de un par de centenares de hombres lo que yo te pido a cambio de rescatar la vida de los cientos de miles de hombres que pueblan Togur. No quiero que me contestes ahora, tómate algún tiempo para pensarlo, pero antes de seis horas necesito tu contestación. Estoy seguro que los emisarios que envíe a Resurrección serán bien atendidos, sobre todo cuando digan que tu vida no durará más de veinte horas si ellos no accedieran a cumplir las condiciones que yo les imponga.

Dichas estas palabras dio la orden al hombre que había mandado el grupo de escolta de Amak.

—Puedes devolver a las prisioneras a su sitio y estrechar la vigilancia o me responderéis con vuestra cabeza.

—A tus órdenes, Gran Nicrón —dijo el hombre.

Luego, conminó a las detenidas a que lo siguieran.

Tamor y Amak caminaron en silencio apesadumbradas por la horrible situación que se les planteaba. Afortunadamente, cuando las dejaron en la cueva que les servía de refugio los guardianes se conformaron con quedarse a la puerta ahorrándoles su enojosa presencia.

— ¿Qué vas a hacer, Amak?

—No tenemos ninguna alternativa, Tamor. Nicrón ha sabido planear bien su golpe. No puedo condenar a todo el pueblo de Togur a morir; pero si es Nicrón el que toma el poder, el pueblo de Togur acabará deseando la muerte. Es un problema de conciencia, Tamor. Sólo un milagro puede resolver esta situación.

— ¿No crees que en Resurrección se habrán dado cuenta de nuestra tardanza e intentarán hacer algo para encontrarnos?

—Sí, es de suponer que Harry se habrá percatado de la anormalidad de la situación. ¿Pero qué hacer para encontrarnos? Los medios de que hoy en día dispone Harry son casi insignificantes. De ningún modo es aconsejable la movilización de gran cantidad de gente para intentar nuestra búsqueda y nuestro rescate.

—Es preciso que pensemos la manera de resolver la situación por nosotras mismas.

—No creo que podamos hacer otra cosa, Tamor. Nos encontramos bastante alejadas de nuestra base y Nicrón dispone de mucha gente. No dudo que en caso necesario procedería a

darnos muerte.

—Entonces, es una situación sin salida.

—Mucho me temo que sí.

— ¿Qué haremos, pues, Amak?

—Quizá tenga que acceder a lo que Nicrón me pide. Sobre mí pesa la responsabilidad de la vida o muerte de nuestro planeta. ¿Qué puedo hacer, Tamor? Quisiera que tú me aconsejaras.

Tamor guardo silencio durante unos segundos. En lo más profundo de su corazón odiaba las condiciones que Nicrón le imponía; pero su conciencia se ligaba por completo al punto de vista de la Madre Amak. El dominio de Nicrón sobre Togur sería nefasto para aquel pueblo que había aprendido a crecer y vivir pacíficamente, aunándose en un esfuerzo común para hacer la vida lo más agradable posible sobre la superficie del planeta; pero oponerse a los designios de aquel hombre feroz, suponía cortar todas las posibilidades, suponía, en una palabra, la muerte total.

—No sé, Amak. No sé qué decirte. Quizá lo más conveniente sea ganar el tiempo posible.

—Es inútil, Tamor. La Operación Aurora tiene que ponerse en práctica rápidamente. La actitud irresponsable de Nicrón y sus hombres está haciendo crecer la entropía hasta tal punto que mucho me temo que las horas de existencia que quedan a nuestro planeta para llegar al límite se hallen reducidas considerablemente.

—Entonces tendrás que acceder, Amak.

Las dos mujeres guardaron silencio durante largo tiempo. Por fin, Amak tomó una decisión. Se dirigió a unos de los guardianes que estaban en la cueva y le comunicó su deseo de hablar con Nicrón.

Pocos minutos después, se encontraban en la presencia de éste que recibió a las dos mujeres con una sonrisa de triunfo.

—En verdad, Madre Amak, que tu inteligencia responde a tu fama. Supongo que has decidido adoptar el único camino que te es posible.

—Sí, Nicrón. La Operación Aurora no puede postergarse durante mucho tiempo. Estoy dispuesta a aceptar tus condiciones; pero antes quiero decirte algunas cosas.

—Habla. Te escucho.

—Ahora tienes la posibilidad de culminar tus sueños de conquista. Estamos en tus manos y es preciso obedecerte, pero quiero que reflexiones un poco. Estoy segura que los dirigentes de Togur sabrán hacerse cargo de la situación y no pondrán dificultades a tus pretensiones.

—Eso espero —dijo Nicrón secamente.

—Si es así, te pido que respetes sus vidas.

Un destello de odio animó la mirada de Nicrón.

—Parece que no acabas de entender. No estás en condiciones de pedir nada. Mis condiciones son las mismas de los primeros momentos y tienes que aceptarlas o rechazarlas en bloque.

—Bien —dijo la Madre Amak—. Manda a dos de tus hombres a la base de Resurrección para que desde allí comuniquen a Togur las condiciones que les impones. Yo no actuaré hasta que sepa la decisión tomada por el Directorio General de Togur. Si ellos están de acuerdo en aceptar tu proposición, yo pondré en marcha la Operación Aurora. Si, por el contrario, deciden oponerse a tus designios, puedes contar con mi vida y con la de Tamor, porque yo no accederé a tus deseos.

—Está bien —dijo Nicrón—. Inmediatamente enviaré a dos hombres a Resurrección para que desde allí comuniquen con Togur.

Luego, llamó en voz alta a uno de sus ayudantes.

— ¡Karton! Tú y Talk preparaos para partir hacia la base Resurrección inmediatamente.

—A tus órdenes, Gran Nicrón. ¿Cuál es nuestra misión?

En breves palabras, Nicrón aleccionó a los dos emisarios y, sin pérdida de tiempo, salieron estos hacia la base Resurrección.

Amak y Tamor fueron conducidas de nuevo a la lóbrega cueva que les servía de alojamiento. Sus mentes estaban preocupadas por aquellos angustiosos momentos y en su corazón elevaban una silenciosa plegaria para que fracasaran los planes de Nicrón.

CAPITULO XIV

HARRY y Chester desplegaron de la base Resurrección. No les había sido nada fácil poner en marcha el avión. La creciente entropía dificultaba de tal punto los movimientos que el aparato se resistía a emprender el vuelo, Por fin, y tras muchos esfuerzos, consiguieron ponerlo en marcha y comenzaron a volar sobre la zona donde podían haber sido apresadas Amak y Tamor.

—Creo, Harry, que, partiendo de Resurrección como centro, debíamos describir una estrecha espiral, abarcando zonas cada vez más anchas de terreno; con la ayuda de los instrumentos ópticos que tengo a mi alcance procuraré mirar minuciosamente cada palmo de terreno para ver si encontramos la menor huella o vestigio de Amak y Tamor.

—Sí. Me parece la mejor táctica.

Harry comenzó a volar según lo convenido. El aparato podía volar lentamente porque la entropía dificultaba extraordinariamente sus movimientos; pero esta vez la dificultad se convertía en una ventaja. Mientras Harry manipulaba los mandos, al objeto de ir abriendo lentamente la espiral, Chester observaba en la pequeña pantalla telescópica cada palmo de terreno de toda la zona que circundaba el condensador de electrones polarizados.

Durante más de dos horas continuaron infatigablemente su labor, sin que el fracaso continuo les desalentara.

—Quizá debiéramos explorar en zonas más anchas —sugirió Chester.

—No lo creo oportuno. Ten en cuenta que este territorio es muy abrupto y está desprovisto de carreteras. Los hombres que apresaron a Amak y a Tamor no pueden haberse alejado mucho.

—Sin embargo, no se ve ni un alma por estos terrenos.

—Probablemente se hallarán escondidos en alguna cueva o en algún valle a las faldas de alguna montaña.

Durante una hora más continuaron inútilmente su búsqueda.

—Voy a desandar el camino —dijo Harry—. Iremos ahora

estrechando la espiral, hasta llegar otra vez a Resurrección.

—Sí; pero ahora hazlo en sentido contrario. Así, tal vez vea nuevos aspectos del terreno que pudieran darme una pista.

Apenas habían iniciado esta operación, cuando Chester no pudo contener un grito de alegría.

—Allí, Harry... ¡allí!

Harry miró en la dirección indicada por Chester y vio a dos hombres que a través del quebrado terreno se dirigían hacia la pequeña carretera que conducía al condensador de electrones.

— ¿Los puedes ver bien, Chester?

—Sí. En estos momentos les tengo enfocada la pantalla telescópica. Se trata de dos hombres de Alfa. Sus vestidos les delatan.

—Ahí tenemos, pues, la pista necesaria. Indudablemente son hombres de Alfa, pues en la superficie de Togur siguen utilizando sus trajes antirradioactivos como elemento indispensable para la gran temperatura que hoy tiene este planeta.

— ¡Si pudiéramos echarles mano!

—No sé cómo vamos a poderlo conseguir, Chester. Por más que miro no encuentro ningún lugar propicio para el aterrizaje, sin embargo ésta es la última oportunidad que tenemos.

Harry escrutó con ojos penetrantes las erosiones del terreno, en el que se movían aquellos hombres. Le sorprendió la actitud descarada de los mismos con que proseguían su camino sin temor.

—No sé por qué, Chester, me imagino que son dos emisarios de los aprehensores de Amak y Tamor. El desenfado con que marchan sin temor alguno indica que tienen bien guardadas las espaldas.

—Harry, es preciso hacer algo.

De pronto, Harry tuvo una idea.

—Mira Chester, han llegado a la carretera que conduce al condensador de electrones. Probablemente seguirán ese camino hasta allí, o hasta la base Resurrección.

—Sí; eso es lo que parece.

—No tenemos más que una solución.

—Di pronto, ¿cuál es?

—Vamos a estrellar el aparato. Nos lanzaremos en paracaídas y procuraremos caer cerca de la carretera. Si tenemos suerte conseguiremos apresar a esos dos hombres.

—Si nos ven lanzarnos en paracaídas tomarán sus precauciones. Me parece observar que van armados.

—Ya he pensado en ello, Chester. Pero aprovecharemos el momento en que ellos atraviesen aquel pequeño montículo y si

damos el salto lo suficientemente próximos de la tierra no podrán vernos. Por el contrario, verán entrar al aparato en barrena y eso les dará más confianza.

—De acuerdo, Harry. Vamos allá.

Los dos amigos se pusieron rápidamente el paracaídas. Harry maniobró hasta situar el aparato convenientemente. Luego, ascendió como a unos dos mil metros de altura.

—Es conveniente que vean bien entrar el aparato en barrena.

Después de esta operación, Harry maniobró los mandos y el aparato comenzó a descender en un rizo arbitrario, como si no obedeciera las órdenes del piloto. Cuando se encontraron fuera del ángulo de la visión de los dos hombres de Alfa, Harry dio una orden seca:

— ¡Preparado, Chester!

—Estoy preparado —contestó éste.

—Vamos.

Chester salió disparado de su asiento, merced al dispositivo especial que tenía el aparato para casos de emergencia, y, un segundo después, lo hacía Harry. Los dos hombres lanzarlos por aquella catapulta describieron una larga parábola en el espacio, mientras el avión hundía definitivamente su hocico, cayendo a gran velocidad hasta estrellarse contra el suelo.

Pasados unos segundos, los paracaídas de los dos hombres se abrieron sin ninguna dificultad y los dos amigos fueron depositados en el suelo suavemente.

— ¿Cómo estás, Chester?

—Bien. Ha sido un aterrizaje formidable.

—Afortunadamente hemos tenido suerte. Nos encontramos escasamente a un kilómetro de la carretera entre el final de la misma y el condensador de electrones.

—Eso quiere decir que si nos damos prisa todavía podremos interceptar el paso de los hombres de Alfa.

Los dos hombres se pusieron rápidamente en camino. El gran esfuerzo que tenían que hacer para avanzar con cierta rapidez les hacía respirar fatigosamente y el corazón les latía alocado en su pecho, pero ni por un momento cedieron en su marcha, exigiendo a sus poderosas musculaturas el esfuerzo indispensable para llegar a tiempo.

Por fin, jadeantes y sudorosos, llegaron a las inmediaciones de la pequeña carretera. En pocos pasos, alcanzaron un pequeño montículo y desde allí pudieron divisar, tumbados en tierra, a los dos hombres que se acercaban por el centro de la carretera y que

estaban a unos quinientos metros de distancia.

—Bien, Chester. Ahí los tenemos, ¿te encuentras en forma?

—Aunque fueran gigantes estoy seguro de que los vencería. Estos serán los primeros en pagarme el daño que hayan podido hacer a Tamor.

Luego, descendieron por la suave falda del montículo y llegaron hasta el borde de la carretera. Una rápida ojeada les convenció de cuál era el lugar más apropiado para esperar la llegada de los dos hombres de Alfa. Por fortuna, éstos habían visto entrar en barrena el aparato de Harry y caminaban confiados lentamente hasta que fueron aproximándose al lugar donde los esperaban los dos amigos. Cuando llegaron a la altura de éstos, Harry y Chester se aplastaron todo lo posible contra el terreno y los dejaron pasar unos metros.

De pronto, y a una señal de Harry, los dos terrestres salieron de su escondite y se lanzaron con toda la rapidez posible sobre los hombres de Alfa. La sorpresa de éstos les impidió sacar sus armas para repeler la agresión y tuvieron que aceptar un combate cuerpo a cuerpo, sin conseguir poder emplear la ventaja que sus armamentos les daba.

Los dos terrestres luchaban ferozmente contra aquellos hombres que respondían de cualquier manera a los organizados ataques de Harry y Chester.

— ¡Procura no matar a tu enemigo! —gritó Harry en el fragor de la pelea.

En este preciso instante, un maravilloso directo de Chester a su contrincante lo lanzaba aparatosamente contra el suelo, donde, aturdido por el golpe, quedaba sin conocimiento.

Con paso rápido se dirigió en auxilio de Harry, pero no fue necesaria su intervención ya que Harry, con una habilísima llave de «Jiu-jitsu», conseguía dominar a su enemigo.

— ¡Bravo, Harry, ya son nuestros!

—Procura atar a tu contrincante, yo me encargo de éste.

En pocos segundos, y aprovechando el cinturón de su ropa, dejaron satisfactoriamente atados a sus dos enemigos; luego, Harry se dirigió con tono enérgico al que le había tocado en suerte.

— ¿A dónde ibais?

El interpelado guardó silencio.

—Espero que no seas sordo; si no tendré que poner en práctica un procedimiento que te hará recobrar el oído.

El más absoluto silencio fue la respuesta del hombre de Alfa. Harry cogió con su poderosa mano una de las muñecas de aquel hombre y la retorció con violencia; aunque el hombre de Alfa mostró

en su cara un gesto de dolor, continuó sin decir nada.

—Está bien; tú lo has querido.

Con gesto rápido sacó una navaja del bolsillo e inició el ademán de desgarrar el traje de su contrario. Un gesto de horror se dibujó en los ojos del vencido.

— ¡Ah! Parece que entiendes más este lenguaje. Te doy cinco segundos para decidirte; si no hablas desgarraré tu traje con esta navaja y morirás achicharrado como conviene a un bicho como tú.

—Íbamos a Resurrección.

— ¿Y qué pretendías hacer allí? ¿Algún sabotaje?

—No. Llevamos un mensaje del Gran Nicrón para los dirigentes del pueblo de Togur.

— ¡Vaya! Eso es una buena noticia —terció Chester—. ¿Y qué dice ese mensaje?

—El Gran Nicrón pide la rendición sin condiciones de Togur.

—De la misma manera podía pedir la Luna. ¿Qué fuerzas tiene para mostrarse tan arrogante?

El hombre de Alfa volvió a guardar silencio. Harry aplicó la punta de su navaja sobre el traja de é te, y el hombre volvió a hablar.

—La Madre Amak ha sido hecha prisionera. Si el pueblo de Togur no accede a la demanda del Gran Nicrón, morirá.

Una oleada de sangre se agolpó en el cerebro de Harry. A duras penas pudo contener su furia y evitó golpear a aquel desdichado.

— ¿Dónde está prisionera la Madre Amak?

—En las montañas —fue la respuesta.

— ¿Hay alguien más con ella? —preguntó Chester con ansiedad.

—Sí; otra mujer.

—Te prometo cortarte las orejas como hayáis hecho el menor daño a cualquiera de esas dos mujeres —dijo Chester cuya furia iba subiendo de punto.

—No, están bien. El Gran Nicrón las tiene prisioneras; pero no les ha causado: ningún daño.

Los dos amigos se lanzaron una mirada de inteligencia que fue suficiente para que se pusieran de acuerdo en el plan a seguir.

—Mira bien lo que voy a decirte: nos vas a llevar al sitio donde tenéis vuestro campamento y ten en cuenta que si nos engañas ya no volveré a advertirte más, ¿comprendes lo que quiero decir?

El hombre asintió con un gesto. Lentamente se puso en pie y entre Harry y Chester reanimaron al otro hombre de Alfa para emprender el camino hacia la guarida de Nicrón.

Durante varias horas fueron avanzando con creciente dificultad

por el quebrado terreno que tenían ante sus ojos. De vez en cuando tenían que detenerse para reponer sus fuerzas. La entropía estaba llegando al límite de su intensidad. Por otro lado, la necesidad de vigilar hasta el menor gesto de sus prisioneros, les obligaba a avanzar con suma cautela. Harry se volvió hacia Chester.

—Me parece que el tiempo se nos echa encima.

—Es verdaderamente horrible avanzar en estas condiciones, viejo. Creo que si nos desembarazamos de uno de estos hombres nos será más fácil avanzar, pues tendríamos que tener menos cuidado en ejercer la vigilancia necesaria.

—Me parece una buena idea, Harry, ¿pero cómo vamos a resolver el problema?

—Creo que lo mejor será dejarlo convenientemente atado y proseguir nosotros el camino.

Chester no esperó más. Decididamente se dirigió hacia el hombre que había sido su contrincante y le obligó a echarse en el suelo; luego aseguró las ataduras de sus manos y le hizo otras en los pies.

—Creo que tardará en desatarse si es que lo intenta.

—Bien; con tal de que le llevemos alguna ventaja, ya no tenemos por qué temer a este hombre.

Realizada esta breve operación, los dos terrestres continuaron avanzando en compañía de su prisionero. Por fin, el hombre de Alfa dirigió la palabra a Harry.

—Estamos llegando.

— ¿Dónde está el campamento?

—Detrás de esa colina hay un pequeño pero estrecho valle, donde ha establecido el Gran Nicrón su campamento.

— ¿Sois muchos?

—Unos quinientos hombres —dijo el hombre da Alfa sin poder contener una sonrisa de triunfo.

— ¿Cómo vamos a enfrentar la situación, Harry? Es cuestión de que lo pensemos un poco. Si al menos dispusiéramos de un par de armas eficaces...

—Lo mismo pienso, Chester; pero no tenemos más que las armas cortas que hemos cogido a nuestros dos prisioneros y éstas son insuficientes para enfrentarnos con tan gran cantidad de hombres armados.

El hombre de Alfa escuchaba con gran complacencia el diálogo de los dos amigos. Harry se volvió hacia él.

—No te preocupes, angelito —dijo en tono amenazador—, ten la seguridad de que a ti no te ha de servir de nada el que estén tus

compañeros a unos centenares de metros de nosotros. Además, me vas a permitir que tome una pequeña medida de precaución.

Con suma rapidez, sacó de su bolsillo un pañuelo con el que hizo una mordaza para aplicársela al hombre de Alfa.

—Muy bien, hecho, Harry; así evitamos que éste hombre pueda dar la alarma.

Harry volvió a sacar su navaja del bolsillo y con gesto siniestro la acercó al traje de su prisionero.

—Ha llegado el momento —dijo— en que te juegues la vida a una simple jugada de azar. Ahora vas a decirme dónde están las prisioneras; si están en el campamento rodeadas por tus secuaces, no vacilaré un solo segundo en desgarrar tu traje; si se encuentran en algún otro sitio adonde nosotros podamos llegar, habrás salvado tu vida, pues necesitaremos que nos conduzcas a ellas.

El hombre de Alfa, en cuya cara se había pintado un gesto de terror, pareció respirar aliviado.

—Están a unos doscientos metros del campamento —dije— en una pequeña cueva donde se encuentran vigiladas.

—De acuerdo —dijo Harry— llévanos allí y procura poner el máximo cuidado en no engañarnos ni hacer ruido alguno que pueda delatamos.

Rápidamente, los tres hombres se pusieron en camino.

CAPITULO XV

LA Madre Amak y Tamor continuaban en la cueva donde se hallaban prisioneras, atenazadas por una angustia creciente.

Las dos mujeres guardaban el más absoluto silencio, incapaces de encontrar una sola palabra de aliento que les permitiera hacer que renaciera la esperanza en su corazón. Un ruido de pasos y voces les hizo dirigir la mirada hacia la boca de la cueva. Dos hombres provistos de poderosas linternas luminosas hicieron su entrada en la cueva precedidos por el Gran Nicrón.

— ¿Qué es lo que quieres de nosotras? —preguntó Amak con palabra firme y decidida.

—Por lo que veo —replicó Nicrón—, los hombres de Togur aprecian en muy poco tu preciosa vida y la vida de ellos mismos.

—Te han dado una negativa, ¿verdad?, Nicrón?

—No; peor que eso. No se han dignado dar respuesta alguna. Los hombres que envié a Resurrección debían haber vuelto ya y, sin embargo, no lo han hecho.

— ¿Y qué culpa tienen los hombres de Togur de que eso sea así?

—Es evidente que han sido hechos prisioneros.

—También pueden haber sufrido algún accidente durante el camino —intervino Tamor.

—No lo creo. He mandado una patrulla a explorar el terreno y no han encontrado ni rastro de ellos; no me cabe la menor duda de que esa es la contestación que han dado los hombres de Togur a mi propuesta.

Amak y Tamor guardaron silencio. La voz de Nicrón iba subiendo de tono hasta alcanzar la categoría de verdadera furia.

—Pero yo seré el último que ría; yo demostraré al orgulloso pueblo de Togur que no se puede jugar conmigo.

—Creo —dijo serenamente la Madre Amak— que tendrás ocasión de demostrar muy pocas cosas, ¿no notas que tus movimientos se van haciendo más pesados, que hasta la simple pronunciación de unas palabras te cuesta un gran esfuerzo?

Nicrón miró jadeante a aquella mujer. En sus ojos se reflejaba el furor.

—Sí, ya lo sé; ya sé que la maldita entropía va creciendo hasta acabar con todos nosotros; pero no creas que por ello te voy a libertar; aunque perezcamos todos, el odioso pueblo de Togur habrá dejado de existir dentro de pocas horas.

—Es un flaco consuelo —intervino Tamor—, si crees vencer a sus enemigos con ese último gesto, te equivocas. Es el pueblo de Togur quien te vence a ti, Nicrón; un pueblo que ha sabido elegir la muerte antes que vivir bajo tu feroz dominio.

Nicrón, no pudo contenerse y descargó su mano sobre la cara de Tamor, la cual recibió el golpe sin exhalar el más ligero grito.

—Moriremos todos... sí, moriremos todos. Yo, el Gran Nicrón, ordeno la muerte de todos los seres que pueblan este maldito planeta del que soy el señor de la muerte y ordeno que todo se hunda en la nada.

Tanto la expresión de su voz como el brillo de su mirada, expresaban claramente que aquel hombre estaba próximo a la más furibunda locura.

Amak y Tamor guardaban silencio convencidas de que era inútil intentar dialogar con aquel loco.

—Pero antes de que yo muera —continuó Nicrón—, habré tenido el placer de derramar vuestra sangre con mis propias manos, perras malditas.

En un furioso arrebato se lanzó sobre las dos mujeres a las que golpeó brutalmente. Ni un solo grito se escapó de los labios de éstas, que estaban decididas a morir sin proporcionar el placer a su enemigo de verlas acobardadas o suplicantes.

Los dos guardianes que habían precedido a Nicrón con las linternas miraban profundamente complacidos el brutal acto de éste. Fue esta circunstancia la que impidió a los hombres que se encontraban en la gruta percatarse de que algo anormal sucedía afuera. En efecto, Harry y Chester, acompañados por su guía, habían conseguido llegar hasta la boca de la cueva y en una breve lucha habían reducido a los dos hombres que se encontraban en el exterior. Luego, entraron sigilosamente hacia el interior, al objeto de sorprender a Nicrón y los dos hombres de su escolta. El ruido del brutal acto que Nicrón, en su furia homicida estaba realizando sobre las indefensas mujeres, pudo más que la sensatez que aconsejaba toda precaución.

Harry se volvió rápidamente hacia el prisionero que les había acompañado y de un formidable puñetazo lo dejó fuera de combate.

Luego, como una tromba, se dirigieron hacia el interior. Al ruido de sus pasos, los dos guardianes que habían entrado con las luces, se volvieron rápidamente y dispararon su arma corta. La mordedura de un finísimo rayo de alta temperatura hizo brotar la sangre del muslo izquierdo de Harry, mientras un nauseabundo olor a carne quemada inundaba la pequeña cueva.

Chester, había conseguido tirarse al suelo, esquivando así milagrosamente el mensaje mortífero que le enviaba el otro guardián.

Insensible al dolor, Harry dirigió su arma hacia aquellos hombres y los fulminaba con el poderoso rayo térmico que salía de aquella pequeña pistola.

Nicrón se detuvo en medio de su furia, sorprendido por aquel breve pero violentísimo combate.

Con gesto rápido, echó mano a la pistola térmica que colgaba de su cintura.

Por una décima de segundo consiguió enfilar a sus adversarios; pero Harry había puesto ya en acción la suya y el fino rayo hería en el mismo pecho a Nicrón que caía al suelo sin vida, mientras el haz de su pistola se proyectaba hacia el techo calcinando algunos trozos de roca.

Afortunadamente, el combate se había producido dentro del mayor silencio, y los hombres que poblaban el campamento no parecían haberlo advertido. Amak y Tamor se lanzaron en brazos de estos dos hombres, con una mezcla emocionada de sentimientos en su corazón.

— ¡Pronto! —dijo Harry—. No podemos perder ni un solo segundo aquí. Es preciso que abandonemos estos lugares con la mayor velocidad posible.

Los cuatro personajes salieron al exterior de la cueva y poco tiempo después se perdían en las sinuosidades del terreno, camino de la base Resurrección.

CAPITULO XVI

LOS cuatro fugitivos fueron poniendo distancia entre ellos y el campamento de Nicrón. Harry había ordenado forzar la marcha todo lo posible en previsión de que alguien descubriera los efectos de la terrible batalla desarrollada en el interior de la cueva; pero la prisa de aquellos seres se vería disminuida por la dificultad creciente en avanzar. Frecuentemente tenían que detenerse para tomar aliento, sobre todo las dos mujeres se encontraban cada vez menos capacitadas para imprimir a su marcha el ritmo conveniente. En la última parada, Amak y Tamor se mostraron francamente desalentadas para continuar. Harry y Chester procuraron animarlas.

—Vamos, Amak, debemos continuar.

—Sí, Harry, lo comprendo; pero cada voz me resulta más difícil poder avanzar. La entropía ha crecido a tal punto que dentro de muy poco habremos terminado todos.

—No digas eso, Amak. Todavía tenemos tiempo de resolver la situación.

Amak contestó con una triste sonrisa a las palabras de aliento de Harry.

—Según los cálculos que habíais hecho, aún se dispone de más de doce horas para poder poner en marcha la Operación Aurora.

—No, Harry. El tiempo ha disminuido. Toda la energía desarrollada en las últimas horas, como así mismo el enorme potencial del avión con que nos buscabais, ha acelerado el proceso de saturación. Cada paso que damos, cada movimiento, vamos añadiendo una gota a esta copa que está a punto de rebosar.

—Es preciso no desmayar —dijo Chester—, debemos luchar hasta el último minuto.

Las dos mujeres se decidieron a continuar el camino. Harry y Chester las llevaban de la mano para ayudarles a avanzar. Parecía como si sobre sus hombros hubiera una pesada carga que apenas les dejaba moverse. Hacía ya algún tiempo que habían rebasado el condensador de electrones y la base Resurrección se veía en lontananza a 4 ó 6 kilómetros del lugar en que se encontraban.

Lentamente fueron avanzando. Por último, Tamor se dejó caer al suelo.

—No... no... no puedo más... es imposible... está por encima de mi voluntad.

Amak, que había resistido valerosamente, se desplomó así mismo.

—Es inútil, Harry, hemos llegado demasiado tarde.

Sentados en el suelo los cuatro seres, jadeaban terriblemente, sintiendo como una intensa opresión les iba atenazando por momentos.

—Este es, pues, el final —dijo Harry.

Con mirada de profundo cariño, dirigió sus ojos hacia Amak; ésta se movió lentamente hasta recostar su cabeza en el pecho de Harry.

Chester y Tamor se miraban así mismo a los ojos en un desesperado esfuerzo de decirse en aquellos instantes lo que hubiera necesitado toda una vida para expresarse.

Así permanecieron durante unos segundos. Fue Chester el primero en reaccionar.

—Harry, se me ocurre una idea.

—Di, querido amigo.

Tamor y yo podemos quedarnos aquí, mientras tú y Amak intentabais alcanzar la base Resurrección. Al ahorrar nuestros movimientos, quizá se pueda prolongar en algún tiempo el que la entropía alcance su límite total.

—Sí; eso alargaría durante algunos minutos el momento fatal —dijo Amak.

—Es demasiado hermoso todo lo que vamos a perder, Amak, para que nos demos por vencidos. Aceptemos la proposición de Chester, quizá esos minutos pudieran darnos la victoria.

Amak, se abrazó estrechamente a Harry, como si quisiera salvarlo de la muerte que ella estaba segura que les acechaba a plazo muy corto.

—Bien, Harry, como tú quieras; tienes razón en lo que dices, es tan hermoso el sueño de felicidad que nos esperaba en el futuro que, aunque sea a la desesperada, tenemos que continuar luchando.

Decidida, pues, la trayectoria a seguir, Amak y Harry se despidieron de Chester y Tamor.

—No os preocupéis por nosotros —dijo Chester que intentó dar a su voz una expresión animosa— si conseguís triunfar nos reuniremos luego en el día más feliz de nuestra existencia; si no conseguís llegar al integrador, tened la seguridad de que los últimos momentos de nuestra existencia no estarán desprovistos de

encanto, ¿verdad, Tamor?

Tamor miró a Chester con mirada enamorada.

—Sí, querido, el estar a tu lado es un regalo que Dios ha tenido a bien concedernos para mis últimos instantes.

Harry no pudo contenerse y tuvo que precipitar la despedida para dejar a aquellos maravillosos seres, dándoles una impresión de aliento que en realidad no tenía.

Durante más de una hora siguieron avanzando hacia la base Resurrección. Harry arrastraba materialmente a Amak, la que sólo podía seguirle con un sobrehumano esfuerzo de su voluntad.

Cuando por fin ésta desmayó irremisiblemente,

Harry la cogió en sus brazos y continuó aquella marcha titánica; pero esto era demasiado para sus fuerzas. Poco tiempo después hubo de detenerse.

—Harry, querido, es inútil; hemos llegado ya al borde de nuestras fuerzas.

—Es el peor suplicio que he pasado en mi vida.

—Tienes que resignarte, Harry.

—No puedo hacerme el ánimo de haberte conocido y perderte tan pronto. Amak.

Amak puso delicadamente sus dedos en los labios de Harry, en un tierno y cariñosísimo gesto.

—No hables de perderme; no pienses en el minuto próximo; vivamos cada segundo como si no hubiera existido el pisado ni existiera el futuro.

Los dos enamorados permanecieron estrechamente unidos. Durante unos segundos, Harry, lanzó una ojeada a Resurrección.

—Amak —dijo dificultosamente—, hemos fracasado a la vista de la tierra prometida.

En efecto. Resurrección levantaba toda su imponente arquitectura a escasamente trescientos metros de distancia. Harry, pudo ver claramente la esbelta torre de aluminio del integrador, desde el cual tenía que haber sido realizada la última fase de la Operación Aurora.

— ¡Cuánto lo siento, Harry!

—Allí estarán nuestros amigos, Amak, tendidos en sus camas ahorrando movimientos en espera de que tú hagas funcionar el integrador. Afortunadamente, no conocen las circunstancias en que nos encontramos; les sorprenderá la muerte con la esperanza anidada en su corazón.

Aquellas palabras habían hecho brotar de los ojos de Amak unas sentidas lágrimas. De pronto, se dirigió a Harry con una mayor

energía en su voz.

—Harry, ve tú sólo.

— ¿Qué dices, Amak?

—Sí; ve tú sólo; yo permaneceré aquí en la más absoluta inmovilidad, eso te dará alguna posibilidad más.

—Pero, Amak, querida, es inútil que yo vaya, sería incapaz de todo punto de hacer funcionar el integrador; aún recuerdo lo que dijeron los sabios que integraban tu equipo. Ninguno de ellos se encontraba capaz de realizar las rápidas operaciones mentales que hay que hacer durante el tiempo que dura la operación.

—Ya lo sé, Harry, ya lo sé; pero tú puedes hacerlo.

—Cálmate, cálmate, Amak, eso es Imposible.

—Déjame que te explique, Harry.

Harry miró a los ojos de su amada, esperando encontrar en ellos los síntomas inequívocos de la locura; pero por el contrario, encontró un cierto brillo de entusiasmo en los que más bien parecía verse la esperanza de una posible solución.

—No te comprendo, Amak.

—Mira, Harry: a ti aún te quedan fuerzas para vencer la terrible influencia que la entropía pone a nuestro paso. Procura alcanzar la torre del integrador; yo me concentraré y desde aquí te dirigiré mentalmente.

— ¿Pero... qué es lo que dices, Amak?

—Sí, hazme caso. Con un poderoso esfuerzo de concentración, yo puedo imprimir las ideas en tu cerebro. Ten en cuenta que yo no soy un ser normal. Mi proyección cerebral tiene un gran radio de acción. Tanto Actor y yo, somos los únicos seres sobre Togur capaces de esto. En estos momentos precisamente he intentado establecer contacto con Actor; pero nos separa demasiada distancia, y sólo he podido colectar con su mente confusamente; pero yo puedo dirigirte a ti, Harry. Tú sigue mis instrucciones sin pensar para nada por tu cuenta. Sé mis manos y yo haré a distancia las operaciones que tan sobradamente conozco. Es la única esperanza, Harry.

Aquellas palabras dieron nuevos alientos a Harry. El esfuerzo que tenía que realizar era titánico pero también el premio no tenía par en la historia de todos los pueblos del Universo. Rescatar a, todo un pueblo de la muerte era tarea que bien merecía el esforzarse hasta el último segundo.

—Bien, Amak. Haré lo que tú dices; intentaré alcanzar la torre del integrador.

—No pierdas, pues, tiempo, Harry. Parte enseguida.

Harry miró intensamente durante unos segundos a Amak, y ésta le devolvió la mirada con toda la ternura de su corazón enamorado. Harry se incorporó y comenzó a caminar en la dirección de Resurrección. Los movimientos le resultaban casi imposibles; parecía como si una poderosa corriente de aire se opusiera tenazmente a su avance. Con metódica regularidad, como hombre acostumbrado al deporte, acompasó su respiración de forma que hacía llegar a sus pulmones la máxima cantidad de aire al objeto de oxigenar bien sus músculos y hacerlos responder al esfuerzo requerido. Lentamente fue progresando; a veces, sentía que una angustia indecible le invadía y un segundo de desaliento llenaba su corazón; pero el recuerdo de Amak le infundía nuevas fuerzas y continuaba su camino.

Por fin, llegó a las puertas de Resurrección Las calles solitarias se mostraron a sus ojos en un anticipo siniestro de la muerte. Harry cayó al suelo; realmente, le era impasible continuar el esfuerzo continuado de sus músculos. Había llegado a agotarlos de tal modo que se sentía incapaz de levantarse del sitio en que había caído. Con ojos desesperados lanzó una mirada hacia la torre de níquel que se levantaba a unos 60 metros de distancia de donde él se encontraba; intentó levantarse pero fue inútil, sus músculos ya no respondían a la orden de su voluntad. Así permaneció durante algunos minutos; todo había terminado. Pero, de pronto, tuvo una extraña sensación en su corazón. Oyó claramente la voz querida de Amak.

— ¡Animo, Harry! —le decía—. Estoy contigo, un esfuerzo más y habremos conseguido la victoria.

Era maravillosa la claridad con que percibía en su mente aquellas palabras de Amak, que sin embargo no escuchaban sus oídos.

—No confíes ya en tu voluntad, Harry, ni en tus fuerzas; ya sólo es la fe la que te dará la victoria. Estoy contigo, querido; estoy contigo.

Aquella voz sacudió íntimamente hasta las última fibra de su ser. Como un autómata, casi como un fantasma que renaciera de sus cenizas, Harry, consiguió incorporarse. Una sola idea llenaba su mente. Tenía que llegar; tenía que llegar. Su paso vacilante le hizo aproximarse cada vez más a la torre; ni él mismo llegaba a comprender como le era posible avanzar; por fin consiguió alcanzar la puerta de entrada; durante unos segundos vaciló pero la voz de Amak volvió a sonar en su corazón.

—Entra, Harry... a la izquierda... el ascensor.

Harry, como un autómata, obedeció las instrucciones y halló un pequeño ascensor en el que se introdujo.

—El tercer botón, Harry, el tercer botón.

Harry, con gran dificultad, consiguió levantar el brazo hasta pulsar el botón indicado mentalmente por Amak. El ascensor comenzó a subir pesadamente; luego, se abrió una portezuela y Harry se encontró ante un inmenso laboratorio. Sin poderlo evitar, cayó al suelo.

—Al fondo, Harry, al fondo.

Nuevamente se puso en pie, y se dirigió hacia un reducido pero complicadísimo cuadro de mandos. Ante sus ojos se mostraba en primer plano una bruñida palanca.

—No me falles ahora, Harry —continuó la voz de Amak—, toma alientos; disponte a ser mis manos.

Comprendió que había llegado el momento de decidirse. Se apoyó en un pequeño trozo libre del cuadro de mandos y aspiró profundamente.

—Ahora, Harry, la palanca hacia la izquierda.

Harry hizo lo ordenado. Un chasquido que fue subiendo de tono proveniente del exterior dio paso a un creciente trueno.

—Conmutador azul dos rayas; derivación ocho grados.

Harry vaciló un instante.

—No pienses, no pienses, Harry, déjame tu cerebro.

Amak, en un titánico esfuerzo de su voluntad, consiguió sumir a Harry en un sueño hipnótico a distancia, y siguió mandando las instrucciones.

El cielo de Togur comenzaba a iluminarse con horribles llamaradas, mientras una explosión terrible y continuada hacía temblar la superficie del planeta. Una gran llama de unos seis mil metros de altura, salió disparada hacia arriba como una flecha ardiente, arrastrando tras de sí una poderosa estela gaseosa que rápidamente se convertía en materia incandescente. Cuando aquella gran llama alcanzó unos trescientos mil metros de altura, inició un movimiento de giro alrededor de Togur a una velocidad próxima a los trescientos mil kilómetros por segundo. En breves instantes, todo el cielo de Togur, a partir de determinada altura, fue una masa ingente, girando a gran velocidad; luego en una parte de esa gran masa, comenzó a perfilarse un núcleo redondo y blanquecino con una temperatura superior a los diez millones de grados. Por último, toda aquella materia incandescente fue congregándose alrededor de aquel núcleo, hasta constituir una esfera de unos 150 kilómetros de diámetro, que en determinado

instante dio un salto hacia las alturas, arrastrando detrás una gran masa de gases incandescentes a la manera de las estrellas errantes. Luego, ya en su órbita definitiva, comenzó a girar pausadamente en torno al planeta Togur, taladrando las eternas tinieblas de éste al enviar un dorado beso de luz hacia su superficie.

CAPITULO XVII

CUANDO Harry fue dueño de su conciencia se encontró en el suelo de la cabina de mandos del integrador; intentó levantarse y vio con asombro que sus movimientos habían recobrado la rapidez y elasticidad de otros tiempos. Rápidamente se puso en pie y se lanzó en busca de la puerta de salida. Unos segundos después, corría con todas sus fuerzas por las calles de Resurrección, en las que comenzaba a verse alguna que otra persona. Había corrido unos doscientos metros cuando pudo divisar a unos cien metros de distancia, a Amak, que estaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos. Con poderosas zancadas acortó la distancia.

— ¡Amak!

— ¡Harry! —gritó Amak, con voz emocionada.

Los dos seres se abrazaron estrechamente, mientras resbalaban por sus mejillas emocionadas lágrimas.

Así permanecieren durante algunos minutos, hasta que una voz les sacó de su ensimismamiento.

— ¡Amak! ¡Harry! ¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido!

Eran Tamor y Chester que, recuperados ya de la terrible situación que acababan de atravesar, habían proseguido su camino en dirección a Resurrección. Los cuatro amigos se abrazaron con gran efusión.

De Resurrección llegaba hasta ellos el agradable rumor de la vida que renacía, mientras la luz del nuevo sol les daba de lleno en su cara sonriente.

Tras unos segundos de éxtasis, aquellos cuatro seres, que habían rescatado su amor del amenazante zarpazo de la muerte, emprendieron su regreso hacia Resurrección y hacia la vida.

Y el sol brillaba sobre sus cabezas, como signo de nueva y dichosa felicidad.

F I N

COLECCIÓN
LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

26.—Robinsones cósmicos. *George H. White.*
27.— Muerte en la estratosfera. *George H. White.*
28.—Destructores de mundos. *Alf Regaldie.*
28.—D-3 Base de monstruos. *Alf Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón. *Alf Regaldie.*
31—Apocalipsis atómica. *Alf Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!. *Joe Bennett.*
33 —Invasión nahumita. *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos. *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde. *George H. White.*
37.—Amenaza latente. *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim. *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria. *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom. *Walter Carrigan.*
41 —El reino de las sombras. *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka. *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe. *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta. *G. H. White.*
46.—El azote de la humanidad. *George H. White.*
47.—La ruta de Marte. *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter. *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra. *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol. *Mike Grandson.*
52.— Fymo, nuevo Mundo. *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldigo, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida. *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2 *George H. White*
57.—El coloso en rebeldía. *George H. White.*
58.—La bestia capitula. *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico. *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante. *George H. White.*
61.—Más allá del Sol. *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa. *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*

¿Están habitados los mundos siderales? ¿Viven hombres en los otros planetas? ¿Qué aspecto tienen las criaturas de aquellos mundos?

Tales son las preguntas que desde hace siglos excitan la humana curiosidad del terrestre

Y desde que el Hombre apuntó su imperfecto catalejo contra Marte, la fantasía humana ha especulado sin cesar sobre las condiciones de habitabilidad y la posible existencia de seres inteligentes en este planeta

¿Es cierto que hay habitantes en Marte? ¿Los hubo alguna vez?

GEORGE H. WHITE

el escritor que ha poetizado a la Ciencia, nos contesta a todas estas preguntas en su maravillosa novela:

MARTE, EL ENIGMATICO

en donde un grupo de exploradores, al pisar por primera vez el suelo del planeta moribundo, encuentra los vestigios de una civilización que tuvo su pasado esplendor en la remota lejanía de los siglos.

MARTE, EL ENIGMATICO

de George H. White, aparecerá en el próximo número de esta

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 5 pesetas